

Thomas Keating



Consentir a Dios Como Dios Es

2016

A los miembros del Consejo de ECI, pasados y presentes.

Ustedes son la vanguardia de la expansión de Contemplative Outreach al mundo de habla española y portuguesa, y una luz brillante en el desarrollo dinámico de todo el organismo de Contemplative Outreach hacia su propósito y objetivo transformador, que es ofrecerle a la familia humana un camino a la preciosa experiencia de ser amados por Dios.

Reconocimientos

Mi profundo agradecimiento a Isabel Castellanos por el aliento, apoyo y servicios editoriales que dieron vida a este libro. Gracias también a Gail Fitzpatrick-Hopler por su ayuda en la revisión, así como a Martin Rowe y Gene Gollogly de Lantern Books, por sus tareas en la preparación de la producción de este libro.

CONTENIDO

Reconocimientos Introducción

PARTE I

Consentir al Servicio Contemplativo

1. Reflexiones Acerca de la Misión y el Servicio Globales de Extensión
Contemplativa
2. Respondiendo a Nuestra Vocación Personal
3. La Experiencia de la Oración Centrante

PARTE II

Consentir a la Entrega de Nosotros Mismos

4. La Destrucción De Nuestra Visión
5. El Sacrificio De Lo que Más Amamos
6. El Proceso de la Oración Centrante

PARTE III

Consentir A La Transformación Bajo las Condiciones De Dios

7. La Cruz de Cristo
8. Notas Acerca De la Unión Divina, La Unidad y Más Allá

EPÍLOGO

Arquetipos del Desarrollo Humano

INTRODUCCIÓN

Entre enero del 2007 y abril del 2009, me reuní en Miami por varios días cada año con los miembros del Consejo de Extensión Contemplativa Internacional. ECI es la rama hispana y portuguesa de Contemplative Outreach. Su misión es contribuir a la renovación de la dimensión contemplativa del Evangelio en el mundo de habla española y portuguesa.

En estas reuniones informales, en las que vivimos y oramos juntos, ofrecí presentaciones diarias acerca de varios aspectos de la travesía espiritual. *Consentir a Dios Como Dios Es* es una colección de esas charlas íntimas. Cada año exploramos un tema o tópico específico. Las tres secciones de este libro corresponden a cada uno de esos temas anuales.

El material contenido en este volumen está dirigido a personas que han estado practicando la Oración Centrante por varios años, que están familiarizadas con su base conceptual inmediata y que ya están sirviendo en Contemplative Outreach y ECI. Por eso, el contenido puede no ser apropiado para los que estén apenas comenzando a practicar la Oración Centrante. Otros libros, tales como *Mente Abierta*, *Corazón Abierto* e *Intimidad Con Dios* pueden servirlos mejor en esta etapa inicial. Este libro se dirige fundamentalmente a personas con alguna experiencia de la travesía espiritual y, especialmente, a los comprometidos con alguna forma de servicio contemplativo.

Una palabra acerca del título: *Consentir a Dios Como Dios Es*, es una forma de describir el ejercicio más fundamental de la vida cristiana. Este ejercicio reconoce el carácter ilusorio de nuestras ideas anteriores de Dios y genera un nuevo entendimiento que conduce a una profunda conversión del corazón. Descubrimos que Dios desea entregárenos y que busca, a cambio, la entrega completa de nosotros mismos. Lo mismo que en la Oración Centrante, consentimos y nos entregamos a la presencia de Dios en todas nuestras actividades.

Thomas Keating

Enero, 2016

PARTE I



CONSENTIR
AL
SERVICIO
CONTEMPLATIVO

Para el 2007, la práctica de la Oración Centrante se encontraba creciendo en un número cada vez mayor de países latinoamericanos. Ya se habían traducido varios libros y materiales al español y el portugués y miembros de la Junta Directiva de ECI habían recibido entrenamiento como presentadores, siguiendo el modelo empleado por Contemplative Outreach en nuestras comunidades de habla inglesa. Yo percibí que una cierta rigidez había penetrado su transmisión y los invité a reunirse conmigo en Miami por unos días para explorar ese asunto. Este encuentro, y los dos que lo siguieron en años sucesivos, tuvieron lugar en el hogar de uno de los miembros de ECI. Allí compartimos la oración, la comida y la Eucaristía y también compartimos profundamente acerca de la necesidad de flexibilidad y comprensión cultural en nuestro servicio.

También exploramos la posibilidad de que la Junta Directiva de ECI evolucionara hacia una forma contemplativa de gobierno. Poco tiempo después de este encuentro, la Junta Directiva cambió su nombre al de Consejo de ECI y comenzó a experimentar con una estructura de gobierno no jerárquica, que ha madurado a lo largo de los años y continúa hasta el presente. ¹

¹ Nota de traducción: Hoy en día (2022), el Consejo ha seguido evolucionando en su modelo no-jerárquico y ahora se denomina "Círculo de Servicio de ECI." En general, en este libro hemos traducido "Contemplative Outreach" como "Extensión Contemplativa," excepto en aquellos casos en los que se hace referencia a las dos ramas del organismo de Contemplative Outreach en el mismo contexto. En esas ocasiones hemos conservado el original en inglés.

REFLEXIONES SOBRE LA MISIÓN Y EL SERVICIO GLOBALES DE EXTENSIÓN CONTEMPLATIVA

A pesar de su propósito manifiesto de promover la paz y la justicia, las religiones del mundo han contribuido de forma fundamental a la violencia en la historia humana. Las religiones están constituidas de personas con falsos-yo. Sabemos lo que es el falso-yo por experiencia propia. El gran tesoro que el diálogo interreligioso entre las religiones del mundo podría liberar es permitirle a la gente llegar a conocer y a amar otras religiones y a las personas que las practican. La actitud de exclusividad que ha caracterizado a las religiones desde sus inicios debe concluir. Dios es demasiado grande para ser contenido en una religión. Extensión Contemplativa es una voz que clama en el desierto de la violencia y desunión que todavía existe entre las religiones del mundo.

La oración contemplativa, como regalo especial de Dios, es un don que *ha sido dado*. La respuesta apropiada a este obsequio es consentir a la presencia y la acción de Dios, que se manifiesta en nosotros mediante el deseo de Dios, o simplemente el deseo de felicidad y la disposición de iniciar pasos prácticos para explorar la conducta que conduce a ella.

El propósito de Extensión Contemplativa es guiar a las personas atraídas al punto de vista cristiano de la práctica de transformación contemplativa. El método de la Oración Centrante, que es el núcleo de este proceso, cultiva una actitud de receptividad total hacia Dios, consintiendo a la presencia y acción de Dios en nuestro interior. Crecer en silencio interior parece ser el mejor medio de abrirnos a la presencia divina, a medida avanzamos interiormente hacia la “oración en secreto,” como nos invita Jesús en Mateo 6: 6.

Lo que Extensión Contemplativa está tratando de transmitir es algo más allá de cualquier religión. Los seres humanos, en su raíz, son contemplativos. Otras religiones también están sirviendo el despertar de ese movimiento transformativo que es parte de todos los seres humanos que nacen en este mundo. La vida contemplativa es el corazón del mundo. Cuando nos hacemos contemplativos, manifestamos el rostro de Dios más vigorosamente que cuando practicamos nuestra religión sin esa dimensión.

Es urgente y crucial hacer disponible esta enseñanza básica en todos los idiomas y todas las culturas. El método de la Oración Centrante está al servicio del despertar de esta capacidad innata de la naturaleza humana, que tiene al Espíritu Santo como su origen. Si somos capaces de conectar a la gente con el Espíritu Santo, podremos ofrecerles un medio por el cual pueden escoger ser transformados mediante el consentimiento a la acción del Espíritu Santo en su interior.

La tradición católica tiene una rica enseñanza acerca de la vida mística, sus etapas y dificultades. La psicología contemporánea ha reforzado la enseñanza acerca del lado oscuro de la humanidad que, en algunos círculos psicológicos, se denomina la “sombra” y que, en lenguaje teológico, conforma las tres consecuencias del pecado original. Éstas son la *ilusión*, no saber lo que es la felicidad; la *concupiscencia*, buscarla en los lugares equivocados; y la *debilidad de la voluntad*, la experiencia de no poder cambiar o sanar nuestras vidas inmanejables sin la gracia de Dios. El hecho de no ser capaces de arreglar a nadie, ni siquiera a nosotros mismos, es, en sí, una valiosísima percepción. En lo más profundo de nosotros mismos hay energías negativas de las que no estamos ni siquiera conscientes. El lado de sombra es extremadamente sutil y puede penetrar el ministerio de varias maneras. También puede insinuarse en nuestra vida de oración; de ahí la urgente necesidad de purificación o de lo que Juan el Bautista llamaba *arrepentimiento*.

La liturgia de Navidad revela la vida espiritual por medio del lenguaje de símbolos y rituales litúrgicos. Como una manifestación de su deseo sagrado, los Magos, que ocupan un lugar prominente en la liturgia navideña, llegaron desde los confines del mundo a Israel en busca del Mesías. Ellos representan a los buscadores genuinos de la verdad de todas las épocas y todos los lugares. Después de inmensas dificultades y problemas encontraron al Niño de Belén, Fuente de toda la creación, en un establo.

El mensaje articulado inicialmente por San Juan Bautista es una forma de movernos de una vida centrada exclusivamente en nosotros mismos al destino transformador que Dios nos ha preparado. El término “arrepentimiento” en las Escrituras es, fundamentalmente, *estar dispuestos a cambiar la dirección en la que buscamos la felicidad*. Eso nos llama a entregarnos completamente a la purificación

interior de nuestro arraigado egoísmo, cosa que incluye el deseo de *sentir a Dios* en la oración.

Existe la preocupación por enseñar la Oración Centrante correctamente. En realidad, lo más importante no es tanto la letra de la enseñanza como *el ser de las personas que la transmiten*. Éstas la conocen de forma tal, por medio de la experiencia, que nunca son capaces de explicarla completamente. Si nuestro interés por que la Oración Centrante sea transmitida apropiadamente se convierte en ansiedad, podemos estar seguros de que tenemos un problema de control. El deseo de controlar y las frustraciones que esto conlleva, pueden ser la causa secreta de la ansiedad.

El propósito de las pruebas, decepciones y preocupaciones, desde la perspectiva de Dios, es liberarnos de toda ansiedad. Nosotros nunca nos curamos totalmente del falso-yo y de su apego a las tendencias instintivas de la naturaleza humana. Mientras vivamos, Dios continúa, amorosa pero firmemente, colocando ante nuestros ojos todo lo que es un obstáculo al amor puro.

Santa Teresita de Lisieux no oraba por sentir el amor de Dios, sino pedía que Dios le diera *su propio amor* con el cual amarlo. Observen que su confianza no se basaba en ninguna acción propia, sino, por el contrario, en su entrega total al amor divino. Ella recibió una de las mayores gracias que acompañan a la vida mística, la llamada “herida de amor.” Santa Teresa de Ávila la experimentó como si una flecha le traspasara el corazón. Nuestra Señora la experimentó como una espada. Evidentemente, hay diversos grados de esta “herida de amor.”

Estar demasiado preocupados por nuestro ministerio es fácil y los síntomas son obvios. Nos sentimos obsesionados por las dificultades y un sentimiento interno de fracaso del que, simplemente, no podemos desprendernos. Cualesquiera que sean las faltas que no podamos soltar fácilmente, éstas son prioritarias en el proceso de dejar ir, puesto que es eso lo que le permite al espacio interior abrirse a la presencia de Dios, que es la sustancia de la vida contemplativa. Puede aparecer de muchas maneras, pero su esencia es un anhelo de la presencia de Dios que nos sigue de la mañana a la noche y que sólo se oculta cuando el residuo del falso yo se manifiesta. Parte de ese residuo permanece en la consciencia desde la niñez, especialmente como resultado de experiencias traumáticas tales como rechazo, descuido, carencia de aceptación y afecto, así como severidad excesiva. Por ejemplo, supongamos que, por temperamento,

eres alguien que necesita aprobación y, debido a su carencia en los primeros años, te la pasas buscando más afecto y aprobación. Tratar de agradar a todos es característico de ese centro de energía particular. Dejar ir ese deseo es un gran salto hacia la libertad.

La verdad es que agradar a los otros es, a menudo, una especie de obsesión. Bill W, el cofundador de Alcohólicos Anónimos, decía que él sufrió de depresión la mayor parte de su vida adulta. Solamente hacia el final, descubrió que el deseo de agradar a todo el mundo y su inevitable frustración eran el origen de su depresión. Se había recuperado del alcoholismo, pero no de su causa, que era su apego por agradar a los demás.

La consecuencia psicológica de la forma en que opera el falso-yo—con sus deseos instintivos de afecto y estima, seguridad y supervivencia, y poder y control—es hacernos conscientes de aquello a lo que la vida diaria continuamente nos apunta. El apego a uno o a todos estos programas emocionales para la felicidad, que activan emociones negativas al ser frustrados, gradualmente se descarga por medio del proceso de purificación. Pero Dios no parece estar satisfecho con esto. Él sigue moviéndose a niveles más íntimos de apego, porque el desprendimiento de nuestros deseos trae consigo la libertad definitiva que nos permitirá ser transformados y que nuestro ministerio sea más efectivo.

Por supuesto, en la vida diaria seguirán surgiendo dificultades. Cuando finalmente toquemos fondo, Dios comenzará a operar de forma sustancial. La fuerza máxima de la ayuda de Dios se hace más disponible cuando concluye todo auxilio humano.

La contemplación, en la oración y en la práctica, está al servicio de este desprendimiento. Si el desprendimiento no es completo, el falso yo interfiere en las relaciones y éstas pueden ser especialmente delicadas cuando se trata de personas de otra cultura o religión. El desapego de nuestra identidad más profunda es la clave para poder escuchar lo que dicen o esperan las personas de las culturas locales, bien sea que tengan un enfoque conservador o liberal.

La aplicación de esta enseñanza y la experiencia de la Oración Centrante, unidas al fracaso aparente, el cansancio, o todas las otras dificultades que acompañan

al ministerio, no son solamente para el beneficio de las personas que sirves. Son para *tu* beneficio. Dios es capaz de volver el mundo al revés para traer a una persona a la transformación plena en Cristo.

La familia humana en su totalidad está llamada a la transformación. Ese estado de consciencia manifiesta la gloria de Dios como nada más es capaz de hacerlo. Cuando oramos por la gloria de Dios, estamos también orando por el desprendimiento de nosotros mismos, para que la presencia de Dios pueda fluir a través de nosotros como canales. Una buena práctica consiste en regularmente hacer un inventario de las cosas que más nos molestan y observar si la causa puede ser algo que no estamos listos aún para dejar ir.

¿Qué queremos decir y cuál es nuestra intención al afirmar que Extensión Contemplativa está comprometida, como organismo espiritual, a mantener la integridad de la práctica de la Oración Centrante? Se me ocurren tres puntos. El primero es que el método de la Oración Centrante y su base conceptual inmediata están contenidos en la Visión de Extensión Contemplativa y los puntos esenciales refinados del programa introductorio. Segundo, prácticas para la vida diaria, como la Oración de Bienvenida, la Lectio Divina y otros talleres, no son parte de la integridad del método, pero ofrecen medios hábiles para llevar sus efectos a la vida diaria. Eso quiere decir que cada uno debe escoger las prácticas que les son más útiles. Algunas de ellas pueden ser útiles para unos, pero no para otros. Finalmente, y quizá esto sea lo más importante, aparte de mi obra seminal *Mente Abierta, Corazón Abierto*, los libros, vídeos y artículos ofrecen apoyo adicional a la base conceptual de la Oración Centrante, pero no son parte del método ni de su base conceptual inmediata. Más bien, ellos invitan a la creatividad de futuros colaboradores para integrar la Oración Centrante a situaciones culturales, teológicas y espirituales específicas. Por tanto, la flexibilidad y la creatividad son tan importantes como la adhesión a los principios básicos, siempre y cuando provengan de personas que tengan suficiente experiencia en la práctica y cuya forma de vida así lo refleje.

No debemos adherirnos demasiado estrechamente a la letra de las pautas o enseñar los puntos esenciales de modo que no se ofrezca espacio a las excepciones. Ofrecemos un método que funciona para la mayor parte de la gente la mayor parte del

tiempo; eso es lo que distingue a una *pauta* de una *regla*. Una pauta es una forma prudente de hacer algo, en lugar de una ley o una regla.

Si fuimos criados en una cultura regida por reyes o dictadores, tenemos un superego jerárquico, por así decirlo, y una fidelidad a la palabra escrita que pueden ser compulsivos. Es algo muy bello ser fieles y estar agradecidos por algo que nos ha hecho bien. Pero eso no es Dios. Dios no se siente constreñido por ningún medio, incluso los mejores; y por eso, en ciertas circunstancias, tenemos que escuchar lo que la cultura está diciendo. Debemos realmente *oír* las dificultades que los meditadores encuentran en nuestra enseñanza y tener una actitud positiva y alentadora hacia la experiencia de las personas a las que estamos enseñando. Podemos tener una preocupación razonable porque lo estén captando bien o, en el caso de los presentadores, por si lo están presentando correctamente. Pero es aquí donde tenemos que darle al Espíritu la oportunidad de mostrarnos que hay otras formas de meditar y no solamente la nuestra. Por supuesto, ahora tenemos acceso a otros métodos excelentes, como el de Dom John Main, practicado por la Comunidad Mundial de Meditación Cristiana.

De vez en cuando, es posible que nos encontremos con personas que han practicado en otra tradición o que han estado expuestos a la oración o meditación por largo tiempo. En ambos casos, es posible que hayan experimentado formas similares de meditación orientadas a la oración contemplativa antes de llegar a nosotros. Debemos respetar su experiencia. El Espíritu puede estar pidiéndonos que respondamos prudentemente a su situación, que la apoyemos tanto como podamos y, si cometemos un error, dejamos que Dios lo arregle. Ciertas situaciones requieren una excepción a nuestras instrucciones habituales. La forma en que la sabiduría divina opera en nosotros no es siempre el camino de ceñirse a una forma particular de hacer las cosas.

El espíritu de Extensión Contemplativa Internacional y su aplicación a nuestra misión requiere una gran sensibilidad a esas circunstancias, ofreciendo lo que las personas nuevas en realidad nos piden, sin insistir en nada más. Si se están beneficiando con lo que ofrecemos, pedirán más. Y si se alejan, ésa es su decisión.

Contemplative Outreach y Extensión Contemplativa Internacional están siendo llamadas, cada vez más, a compartir las vías por las que el Espíritu se comunica, a

través de la Oración Centrante, con un mundo y un pueblo que se encuentran en desesperada necesidad. Debemos hallar los medios compasivos y culturalmente sensibles de alcanzarlos.

RESPONDIENDO A NUESTRA VOCACIÓN PERSONAL

MIENTRAS construimos una comunidad que se extiende geográficamente, también podemos reflexionar acerca de lo que deseamos hacer personalmente. Pensemos en el ejemplo de Pablo del Cuerpo de Cristo y las células de ese Cuerpo. El cuerpo humano es una especie de paradigma de la comunión espiritual de la familia humana con Dios. A medida que pasa el tiempo puede surgir un sentido de vocación. Podemos experimentar un llamado a que contribuyamos al desarrollo del Cuerpo de Cristo.

Si logramos descubrir lo que queremos hacer, lo que nos gusta hacer y que tenemos el talento para hacerlo, ¿por qué no hacerlo? Cada célula del cuerpo humano tiene su propósito: tiene una *vocación*, para expresarlo en términos espirituales. Extensión Contemplativa es un órgano del Cuerpo de Cristo, que comprende a toda la humanidad, pasada, presente y futura.

Hay diversidad de deberes en el Cuerpo de Cristo. San Pablo señala que algunos son apóstoles, algunos son maestros, algunos tienen un don carismático, pero todos están siendo movidos por el Espíritu y atraídos a prestar una contribución para satisfacer alguna necesidad especial en el Cuerpo de Cristo (ver 1 Corintios 12:28). Seguir esa atracción es una forma más eficaz de ejercer el liderazgo que comenzar con un plan propio.

Hay muchas formas de servir en el organismo que llamamos Extensión Contemplativa. Una de las cosas que más necesitamos son buenos facilitadores. Es decir, personas que puedan guiar un grupo pequeño, que hayan captado dónde se encuentra el grupo y cuál puede ser el paso siguiente. Todo líder en el Cuerpo de Cristo es un servidor. No importa tanto *lo* que hagamos, como que realicemos lo que nos atrae hacer y lo que otras personas confirman, al instarnos que emprendamos la tarea y ofrecernos su apoyo.

No es fácil comunicar esta visión a los grupos que empiezan a formarse en diferentes países. En América Latina, como en otras partes del mundo occidental, las organizaciones tienden a tener una estructura jerárquica. El liderazgo para ellos

significa un conjunto de prescripciones que proviene de arriba. En nuestro caso, el liderazgo no consiste en ejercer la autoridad de esta manera. Mas bien, el liderazgo en nuestro caso implica servir a la difusión de la visión de Extensión Contemplativa con los dones particulares que Dios nos ha dado. Como señala Pablo, no podemos decirles a los miembros de nuestro cuerpo: "No necesitamos la mano ni necesitamos el pie" (ver 1 Corintios 12:21). El cuerpo necesita todas sus partes, incluso las más humildes. No hay lugar en las comunidades en desarrollo para el tipo de ego que dice: "Voy a arreglar los problemas de todos". Esa mentalidad necesita ser reemplazada, con suavidad, pero con firmeza, por una que perciba que servir a la visión no es algo que iniciamos nosotros mismos. Más bien, nos sentimos llamados, con nuestros talentos, dones y antecedentes particulares, a ofrecer un servicio que tal vez nadie más pueda brindar, al menos en este momento. Y es al descubrir qué es eso y hacerlo que probablemente seamos más efectivos y centrados en los servicios que ofrecemos.

En realidad, el principal acto de liderazgo que cualquier persona pueda realizar por nosotros es practicar la Oración Centrante dos veces al día y permitir ser conducidos al interior del misterio de Dios en nosotros mismos. De vez en cuando, percibimos un poco cómo puede suceder esto. Por ejemplo, cuando un grupo se reúne en un retiro, en un taller de formación o durante un curso de capacitación para presentadores, tal vez notemos que alguien hace una pregunta o dice una pequeña broma y todo el grupo se traslada a un nuevo lugar espiritual, se percibe un movimiento hacia una nueva perspectiva. Quizá el grupo esté al nivel de si les gusta esta o aquella enseñanza cuando, súbitamente, la atmósfera cambia totalmente sin que hayamos hecho nada. El Espíritu cubre con un manto misterioso a la asamblea y todos se trasladan a un nuevo espacio simultáneamente.

El manto es símbolo del espacio espiritual en el que todos están unidos más allá de cualquier tipo de explicación racional. Une a las personas en una experiencia refrescante y placentera. Es una comunicación del Espíritu. Puede ser lo que San Juan Evangelista, en una de sus cartas, llama la "unción del Espíritu", que les enseña todo lo que necesitan saber. La unción del Espíritu es una experiencia transracional que es, a la vez, un conocimiento de Dios sin conceptos y un sentido de la presencia íntima de Dios en la fe. Cuando es muy fuerte, puede ser lo que San Juan llama la

gloria de Dios. La gloria de Dios es la presencia divina cuando es *percibida* por nosotros.

Esta es la mejor clase de enseñanza porque no es nuestra enseñanza, ni nada que hayamos aprendido de un libro. Es el hecho de que, a través de nuestra práctica y la preparación de nuestras facultades racionales, dejamos ir nuestras preocupaciones y sus tendencias a dominar nuestra atención y, con el apoyo de otros en el grupo, recibimos un sentido breve pero fuerte de lo que es el Reino de Dios. No es algo que podamos fingir, sino algo al que podemos entrar calladamente cuando no estemos haciendo otra cosa. También puede ocurrir en la oración privada. Mientras estamos sentados allí, dejando pasar los pensamientos, algunos de ellos nos golpearán de una forma u otra, o ejercerán sus cualidades obsesivas y compulsivas. Y de pronto, por alguna razón desconocida para nosotros, el Espíritu nos da un pequeño empujón y nos encontramos interiormente en un lugar diferente y maravilloso. Podemos estar confundidos, dudosos, totalmente distraídos o muertos de aburrimiento, cuando, en un instante, nos hallamos en una nueva y maravillosa consciencia. Este cambio de presencia es el movimiento del Espíritu en nuestro interior. Este tipo de atención receptiva (*attentiveness*) no es lo mismo que la atención (*attention*), que se refiere a una experiencia particular. La atención receptiva (*attentiveness*) es un tipo amplio e ilimitado de percepción o experiencia: una espaciosidad, se podría decir, que lo contiene todo. No se está pensando en ninguna "cosa" en particular. Es un movimiento de las "cosas" a lo que es.

¿Cuál es la cantidad de tiempo que debemos dedicar a la oración centrante? Depende de nuestras otras obligaciones. Si estás jubilado tienes más libertad, y sería bueno añadir un poco más de tiempo para la oración. Por ejemplo, aumentarlo a una hora dos veces al día. Si practicamos la lectio divina con regularidad, podríamos pensar en establecer una práctica diaria de cuarenta minutos de oración centrante y luego otros veinte minutos de lectio. Es difícil para algunas personas encontrar esa cantidad de tiempo libre por la tarde. Cada uno de nosotros tiene que hallar una manera de hacer espacio para el segundo período, que podría ser un poco más corto debido a su dificultad. Cuanto más temprano puedas practicar la oración por la mañana, mejor suele ser. Que sea lo primero que emprendas después de asearte o tomar una taza de

té o café. Hazlo antes de mirar el periódico, atender una llamada telefónica y, sobre todo, antes de encender la televisión o consultar tu correo electrónico.

Mantener el silencio exterior ofrece un contexto para el silencio interior en el que no se piensa acerca de ningún asunto en particular. El silencio exterior es un peldaño hacia la oración contemplativa y hacia esa presencia que tiene diferentes niveles de intensidad, hasta llegar a la experiencia de la gloria de Dios (la presencia de Dios en nuestro interior). Esto último es la oración *contemplativa* en el sentido pleno de la palabra: una interpenetración de espíritus más íntima que cualquier otra experiencia humana. La contemplación tiene su propio programa, por lo que no es algo que podamos controlar. Al cultivar repetidamente el silencio interior en la oración formal y la atención receptiva (*attentiveness*) a la presencia de Dios en nuestras actividades, los momentos de unión comenzarán a aflorar espontáneamente en la vida cotidiana.

Un aspecto muy importante de la oración contemplativa es que no realiza su tarea completamente a menos que también estemos trabajando en nuestro lado oscuro, es decir, descargando el material no digerido de nuestro inconsciente psicológico.

Algunas personas pueden retrasarse en su progreso si hacen de la oración un fin en sí mismo. Practicar los períodos regulares de oración centrante y luego permitir que los dones que hemos recibido sean desafiados, a veces de frente, por la realidad de nuestra comunidad, las otras personas, las circunstancias, las noticias del día, la oposición, las preocupaciones financieras o una enfermedad personal: todos estos son aspectos necesarios del camino espiritual y no son obstáculos. *Es nuestra actitud hacia ellos la que tiene que cambiar.* La contemplación, cultivada por la práctica regular de la oración centrante, proporciona la libertad interior para dejar que Dios nos cambie. Aquellos que han estado haciendo esta práctica durante cinco o diez años pueden considerar alargar su período ordinario de oración centrante, como se mencionó anteriormente.

Recuerda que la oración contemplativa, especialmente cuando aumentas el tiempo a cuarenta minutos dos veces al día, y especialmente si puedes invertir una hora dos veces al día, es una buena práctica para quienes tienen un rol de liderazgo de cualquier tipo. El tiempo te proporciona el espacio para acceder a la motivación inconsciente que surge de tus necesidades instintivas. Esta es la combinación más transformadora. Cultivas el silencio interior en la oración y te enfrentas a los

implacables desafíos de la vida cotidiana. A medida que la presencia de Dios se infunde en tu consciencia, tienes una mayor capacidad para confiar en Dios y soltar tus apegos. Con dejar ir no quiero decir que ya no sientas las mismas viejas dificultades, o que tu bagaje cultural o temperamento se esfumen repentinamente. Lo que quiero decir es que las dificultades no tienen el mismo efecto dominante que tuvieron en períodos anteriores de la travesía espiritual. Tu falso yo está siendo socavado y gradualmente desmantelado por tu doble práctica. Los sentimientos en respuesta a situaciones emocionales, como decepciones y la frustración de los deseos del mundo, siguen vivos. El anhelo de Dios no tiene límites, pero es necesario moderarlo, o, mejor, renunciar a cualquier otro deseo.

Mientras tanto, la acción divina en la vida diaria y en la oración está obrando con una sabiduría increíble. Nos proporciona las mismas situaciones una y otra vez, hasta que nos desapeguemos por completo hasta las plantas de los pies. Este proceso lo podemos postergar desatendiéndolo, pero la vocación que tenemos y que tratamos de transmitir a los demás es el deseo de un estado de ánimo que no se descorazona ante las dificultades. Le permitimos al Espíritu que se una a nosotros en nuestras dificultades, lo que es una gracia mucho mayor a que el Espíritu las haga desaparecer. Esta vida no es el cielo. Si lo fuera, mejor sería morir y obtener una mejor porción de él. Parecemos estar atrapados en una aventura en la que Dios quiere experimentar cómo se siente tener la condición humana en cada uno de nosotros. Este es el tipo de conocimiento que Dios nunca ha tenido. Nuestro regalo es ofrecerle nuestra humanidad, en la que los misterios de la vida de Cristo son capaces de manifestarse una y otra vez, según su voluntad.

Hay un aspecto clave del movimiento contemplativo hacia la transformación en Cristo. El Dios manifiesto es el Dios que conocemos en el ritual, el sacramento, las Escrituras, la lectio divina y el servicio generoso a los demás: en resumen, mostrando compasión y ejerciendo las obras de misericordia. No se trata de hacerlo todo, sino de hacer lo que podamos a la luz de nuestros talentos y deberes en la vida. Se trata de entregarnos como célula viva al Cuerpo de Cristo y de contribuir a la salud del órgano o sistema particular que estamos llamados a edificar.

Pero hay otro aspecto de la presencia de Dios que es incomparable, que es lo no manifiesto o no creado. Se trata de la comunión con la presencia de Dios tal como Él

es en sí mismo y a la que sólo la fe pura puede acceder. Esa comunión es mucho más significativa que la consciencia o la experiencia de Dios con la que nuestras facultades sean capaces de relacionarse; bien sea que implique el desbordamiento del Espíritu en los sentidos, el ejercicio del intelecto, o la experiencia de las facultades intuitivas. San Pablo la llama la visión de Dios; es decir, de presencia a presencia—nuestro ser más profundo tal como es, y el ser de Dios tal como es, sin que los pensamientos, sentimientos o cualquier otra cosa actúen como intermediarios. A través de la oración contemplativa, un cierto desprendimiento de estas experiencias nos permite darnos cuenta de que estamos siempre en contacto con el Dios no manifiesto que penetra todas las cosas.

Desde esta perspectiva, no hay lugar a dónde ir para encontrarlo, y no hay lugar a dónde no ir. Dios es. Él no tiene que hacer nada; él simplemente es. Dios, podríamos decir, no es un sustantivo, sino un verbo. Siempre está sucediendo, y ese suceder es el contenido del momento presente, sea lo que sea. Por nuestra parte, significa una voluntad de vivir el momento presente sin apegarnos a su contenido y sin dejar lugar a una aversión por él. Esto es aprender el modo divino de ser humano, que es lo que los Padres de la Iglesia llamaban *deificación*.

Pablo dice que tenemos dentro de nosotros la simiente de Dios para ser hijos de Dios y no solamente hijos adoptivos (1 Corintios 3:6). La simiente de los padres es lo que transmite nuestro ADN particular. El Espíritu es el ADN divino, por así decirlo, que nos hace verdaderamente partícipes de la vida divina. ¡La bondad y generosidad de Dios es la hospitalidad con la que Él nos invita a la vida Trinitaria misma!

Uno de los aspectos de vivir en el momento presente es estar en contacto con la propia historia personal sin recordar experiencias pasadas de una manera particular. El pasado permanece en nosotros, pero como parte del momento presente y de lo que traemos al momento presente, pero no tiene existencia real aparte de eso.

Por lo general, no es útil querer repetir alguna experiencia espiritual que fue muy significativa para nosotros hace 10 o 20 años. Ya se ha integrado en nuestro camino espiritual. Nunca podemos reproducir exactamente lo que sucedió, por mucho que lo deseemos.

Desde este punto de vista, podemos ver cómo el liderazgo es un término ambiguo en el contexto cristiano, donde todos somos básicamente iguales al nivel más fundamental, que es la esencia de nuestro ser. Todos estamos diseñados para ayudar a los demás, de modo que todo lo que los demás poseen es tanto nuestro como de ellos y todo lo que tenemos no es solamente nuestro sino también de ellos. Además, todo lo bueno que tenemos nos ha sido dado para la construcción de la totalidad de la aventura humana, lo que las Escrituras describen como la edad plena de Cristo o el *pleroma*.

Al tratar con gente nueva, estamos tratando con nosotros mismos, o con un aspecto de nosotros mismos que a veces se nos revela a través de nuestras reacciones hacia ellos y sus diferentes perspectivas sobre muchos temas, culturales y de otro tipo. La gente nueva puede ampliar nuestras perspectivas. El liderazgo es, en sí mismo, una experiencia enriquecedora, siempre y cuando no estemos excesivamente apegados a él o lo consideremos algo que estamos haciendo solos. Es aquí donde la oposición, incluso la persecución, puede ser útil.

Esas pruebas nos invitan a pasar a un nuevo nivel de desprendimiento cada vez que experimentamos un período difícil. Dios no desea sufrimientos inútiles. Si se ha pasado por ciertas experiencias negativas, no se repetirán. El hecho de que se repita el mismo síndrome es señal de que no hemos renunciado del todo a los recuerdos o los hábitos negativos que persisten en nuestro inconsciente. Estar *dispuestos* a dejarlos ir es todo lo que se requiere. No podemos arreglarnos a nosotros mismos. Cuando le entregamos completamente nuestra vida a Dios, le permitimos sanar las heridas de toda una vida.

La enseñanza de Pablo sobre el Cuerpo Místico de Cristo y la forma en que éste lo desarrolla a través del paradigma humano del crecimiento, significa que cuando pasamos por la infancia, la adolescencia, la juventud y la vejez, imitamos la forma en que funciona la naturaleza. Desde esa perspectiva, cualquier progreso en el proceso de llegar a ser plenamente humanos es también un progreso espiritual. Y a medida que esto continúa, nuestros dones particulares se hacen más evidentes. A veces, ciertos carismas surgen cuando estos dones han madurado completamente. Quizá ni siquiera los hayamos percibido. Para nuestra gran sorpresa, es posible que nos encontremos diciendo o haciendo cosas que están más allá de nuestras propias limitaciones hasta el momento.

Cuando percibimos algún aspecto de nuestro lado oscuro: un apego que proviene de la primera infancia o una identificación excesiva con nuestro grupo o cultura, ése es realmente un momento de crecimiento, si es que somos capaces de aceptar dicha percepción. Se nos ofrece la posibilidad de aceptar ese hecho humillante acerca de nuestra motivación oculta y nuestras acciones, algo que en realidad nunca habíamos considerado antes. Tal vez nuestros amigos o parientes lo habían notado, pero nosotros nunca habíamos reconocido la totalidad de nuestras debilidades humanas. Dejar ir abre un espacio dentro de nosotros para que el deseo de Dios penetre en nuestra consciencia. Esto es la *contemplación* en el sentido cristiano tradicional de la palabra. No completamos la purificación del inconsciente basados exclusivamente en la oración misma, sino por medio del doble proceso de la oración y llevar sus frutos a la vida diaria. El amor divino tiene que ser tanto manifestado como experimentado.

Cuando visitamos un país extranjero para enseñar, estamos hablando con personas que se han sentido atraídas a venir a escucharnos o a asistir a un programa específico. Podemos confiar en ese movimiento de Dios en ellos. No es necesario crear el interés. Ya está allí o no habrían venido. Ellos tienen la capacidad innata de responder, pero, al igual que nosotros, también experimentan todo tipo de obstáculos en el camino, tales como preocupaciones y apegos. Si soltamos los apegos excesivos, nos liberamos del dominio de preocupaciones persistentes que crean mal humor, angustia, frustración, ansiedad y que son capaces de desencadenar otras emociones aflictivas, como el miedo, la ira, la culpa o la vergüenza. Todas estas faltas sirven para conocernos mejor, pero su propósito no es dominarnos o desanimarnos. Una vez que reconocemos el sentimiento, lo dejamos ir. Al hacerlo, nuestras manos quedan abiertas para la siguiente inspiración, sin perder tiempo en un evento que ahora ya está en el pasado.

LA EXPERIENCIA DE LA ORACIÓN CENTRANTE

Echemos un vistazo a nuestra experiencia diaria y a largo plazo de la oración centrante. A medida que progresamos, estamos dispuestos a deshacernos de todo lo que sea un apego en nosotros, especialmente de cualquier resistencia a reconocer una debilidad que nunca habíamos notado antes. También tomamos consciencia de que no somos nuestros pensamientos y no somos nuestros sentimientos. Simplemente los tenemos y, al aceptarlos y soltarlos, nos estamos liberando de nuestras faltas para que podamos experimentar nuestra naturaleza más profunda como imagen y semejanza de Dios. A esto lo podríamos llamar nuestro Verdadero Yo.

La disciplina principal de la oración centrante consiste en dejar ir todo tipo de pensamientos. No se trata de eliminarlos como si pusiéramos basura en una papelera o en un bote de basura. Más bien, le estamos entregando a Dios nuestras debilidades con el más sencillo de los gestos. A medida que este proceso continúa, se convierte en una disposición permanente. Nuestra debilidad humana y sus consecuencias, tales como las compulsiones, las tendencias neuróticas e incluso las discapacidades mentales, no son obstáculos, siempre que sigamos entregándolas a Dios. Nuestro crecimiento en pobreza de espíritu permite que el carácter no manifiesto de Dios se revele. Esos son problemas para nosotros, pero a Dios no le preocupan. Nos perturban porque estamos preocupados con nosotros mismos en lugar de con Dios.

El secreto que Jesús recomienda en la oración es una invitación misteriosa, pero muy profunda. Si la aceptamos y consentimos, cualquier cosa que nos preocupe, personal o socialmente, queda atrás cuando nos sentamos e introducimos el símbolo sagrado del consentimiento de nuestra voluntad a la presencia y acción de Dios. A menudo nos acosa nuestro diálogo interior habitual, que es la interminable conversación que tenemos con nosotros mismos. Seguimos dejando ir cada pensamiento, sentimiento, recuerdo, plan, juicio, evaluación y experiencia espiritual, incluso la omnipresente experiencia de paz.

Todas éstas son percepciones particulares que forman parte del diálogo interior que sustenta sutilmente la existencia del falso yo. Este último es nuestra ilusión básica. El falso yo es algo que creamos nosotros, no Dios. Cuando estas tres cosas—dejar ir los

pensamientos, entrega total a Dios y consentir a su presencia y acción interior—se convierten en disposiciones habituales, comienza a ocurrir la transformación de la consciencia.

La contemplación consiste en un sentido cada vez mayor de la presencia de Dios como ilimitada e indiferenciada. Sin negar la humanidad sagrada de Cristo, la reconocemos por la maravilla que es: la Palabra de Dios hecha carne. La presencia indiferenciada de Dios es el inicio de la contemplación cristiana, llamada por muchos místicos el nacimiento de la Palabra de Dios en nuestras almas. Comenzamos a vibrar con su inmensa energía. La Palabra de Dios es la fuente última de todo lo que existe. Desde esa perspectiva, la realidad externa es solo un conjunto particular de vibraciones que manifiestan a Dios de diversas maneras. La Palabra Eterna de algún modo hace posible o contiene a todas las criaturas y todas las actividades.

La oración en secreto a la que se refiere Jesús en Mateo 6:6 es el sigilo del Dios no manifiesto, a quien sólo se puede acceder por la fe pura y no por nuestras otras facultades humanas. Este es quizás el significado de la lucha de Jacob con Dios (véase Génesis 32: 22-31). ¿Por qué luchaban Jacob y el ángel? Parece referirse a la cuestión de si Jacob al fin se rendiría por completo a Dios. Llamarlo una lucha parece ser una descripción precisa.

Otra imagen de la mística cristiana con profundas raíces en la Biblia hebrea es la experiencia de Elías en la cima del monte Horeb. El profeta descubrió que Dios no estaba en los grandiosos acontecimientos que atraían su atención. Dios era el sonido del puro silencio (1 Reyes 19:12). Llamar sonido al puro silencio es, por supuesto, una paradoja. Lo que estamos escuchando en la práctica de la oración centrante es el misterio que está dentro y más allá de todo lo que existe. La respuesta adecuada a esta realidad es gratitud y entrega de nosotros mismos.

Al mismo tiempo, en “el sonido del puro silencio”, el Espíritu nos hace presentes nuestros recuerdos, hábitos, compulsiones y actitudes negativas que constituyen nuestra porción de la condición humana.

La contemplación nunca ha sido fácilmente accesible para ningún estilo de vida, especialmente la vida de los laicos que tienen que pasar la mayor parte de su tiempo tratando de sobrevivir. Si se tiene hambre y frío, es menester hacer algo al respecto; el

simple hecho de existir en este mundo requiere una enorme atención. Es necesario construir, con la ayuda de Dios, un ambiente interior que nos permita estar totalmente presentes a los acontecimientos y las personas con las que convivimos y, al mismo tiempo, estar presentes a la Fuente más profunda de nuestra energía y consciencia intuitiva.

Un líder-servidor es alguien en la comunidad de Extensión Contemplativa que está comenzando a reconocer que él o ella es un canal o instrumento de Dios, y que todo lo que puede ofrecer proviene de Dios como puro regalo. Muchos textos del Nuevo Testamento son extremadamente profundos y complejos, y no es fácil explicar lo que éstos significan cuando se les comunican a otros. A menos que ya hayan probado la oración contemplativa, nuestras presentaciones no van a ser comprendidas por los oyentes. Al mismo tiempo, no debemos suponer que éstos no han tenido ninguna experiencia de ella, porque probablemente hay miles de personas que están muy avanzadas, debido al sufrimiento, la tragedia y la persecución que han sufrido. A menudo reaccionan espontáneamente ante las circunstancias, sin pensar siquiera en la naturaleza heroica de su respuesta.

Jean Vanier, el fundador de L'Arche, nos habla de una señora hindú a quien conoció en una choza de un barrio pobre de la India. Era obvio que la familia estaba al borde de la inanición. Él tenía un poco de dinero y se lo donó a la madre. Inmediatamente, ella fue a ver a su vecina y le dio la mitad. Vanier quedó asombrado por su generosidad. Cuando regresó, él no pudo menos que preguntarle: “¿Cómo pudo darle tanto a su vecina? Usted y sus hijos están muriéndose de hambre.” A lo cual ella respondió sin dudarle un momento: “Ellos también tienen hambre.” Esta mujer estaba manifestando su consciencia intuitiva de la unidad de la familia humana. Estamos más unidos con los demás cuando experimentamos nuestras necesidades y debilidades comunes.

Las Escrituras destacan la unidad de la familia humana. Según el Génesis, todos somos descendientes de nuestros primeros padres. Las Escrituras no tratan de enseñarnos historia o ciencia, sino que tienen el propósito de revelar importantes verdades espirituales en forma de historias que las personas del momento pudiesen comprender. Los profetas mayores de Israel intuyeron de manera especial la unidad de la humanidad. Ellos percibieron progresivamente cómo la igualdad con los otros seres

humanos debía ser parte de la respuesta a cualquier aspecto de la interacción humana.

Como hemos visto en la primera carta de San Pablo a los Corintios, el cuerpo humano es un paradigma de esta unidad. A través de este ejemplo, podemos entender por qué lo que les sucede a otras personas nos toca tan profundamente. Por lo tanto, lo que hacemos por los demás, lo hacemos por nosotros mismos. En el Cuerpo de Cristo, todos somos responsables por los otros. Las culturas generalmente se construyen sobre culturas previas. Hay una continuidad obvia de familia a tribu, de tribu a clan, de clan a pueblo, de pueblo a ciudad-estado y luego a nación. La ciencia está reforzando la unidad del mundo subatómico que el ADN establece en el cuerpo humano. Al servir a los demás, estamos sirviendo a todo el Cuerpo de Cristo y construyendo ese ámbito transformador en el que, algún día, la justicia y la paz puedan ser accesibles como una experiencia común y universal. Las lealtades raciales y nacionalistas tienen que relativizarse.

Cuando te familiarizas con el silencio de la oración centrante y despiertas a tus propios recursos interiores—o a la falta de ellos—aumenta tu capacidad para ponerte en contacto con las otras personas al nivel más profundo. Éstas experimentan sustancialmente las mismas cosas que tú, pero a través de su propio conjunto de “grabaciones internas” o condicionamiento cultural. La experiencia que más une a los seres humanos es percibir la indigencia de nuestro propio ser interior.

No saber dónde se encuentra la felicidad, y estar completamente orientados por la naturaleza a encontrarla, crea un dilema inmenso. Esta aparente contradicción da lugar a una sensación de confusión, alienación, soledad y de no saber a dónde ir para hallar seguridad, cariño genuino y aceptación. Sólo Dios puede sanar esos estados a través de la confirmación que proviene de la oración profunda y la experiencia del Padre a quien Jesús llama “Papi” (Abba).

Llevar el sentido de unidad a nuestro papel de liderazgo es reconocer que no estamos haciendo nada especial, sino que solamente ofrecemos el remedio que hemos recibido gratuitamente. Nuestra contribución, cualquiera que ésta sea, proviene de Dios en nosotros y no de nosotros mismos. Si nadie escucha nuestro mensaje, eso no debe ser una fuente de preocupación. Si un grupo se desintegra, eso es problema de Dios. Sólo estamos sirviendo a sus propósitos, empleando los medios humanos a nuestra

disposición, sin depender de ellos o de nosotros mismos para cumplir con la tarea espiritual de transmitir la experiencia del amor de Dios a la familia humana.

En *La Condición Humana* escribí que la pregunta para la primera mitad de la vida es: “¿Dónde estás?” lo que significa “¿dónde estás en tu relación con Dios?” La segunda mitad de la vida se enfoca en la pregunta “¿Quién eres?” Una vez que descubres dónde estás y cuál es tu relación con Dios, la segunda pregunta surge espontáneamente. No hay una respuesta inmediata a la segunda pregunta en esta vida, y por eso nos sentimos solos, aislados e incompletos. La fe sugiere que, en realidad, estamos completos y que nunca estamos separados de Dios, pero que aún no nos hemos dado cuenta de ello. No hemos despertado a la presencia amorosa de Dios en nuestro interior, que por siempre espera ser descubierta.

Desde esta perspectiva, el regalo principal que podemos darnos los unos a los otros es practicar fielmente la oración centrante y permitir que las circunstancias refinan la experiencia de paz que se produce. El estado permanente de paz al que Dios nos llama en las Bienaventuranzas la sostiene en la vida diaria. La vida sigue su curso. Dios obra con nuestra disposición y consentimiento para que nuestro ser más íntimo se transforme en la felicidad eterna para la que hemos sido creados.

Como vimos, cuando intentamos hablar de la experiencia contemplativa a personas que no la hayan probado, éstas no entienden lo que estás diciendo. Suelen cambiar el tema. No creo que alguien que no haya tenido ninguna experiencia de la oración contemplativa pueda realmente representar quién él o ella es. Por ejemplo, la forma en que contestamos una carta, hablamos por teléfono o qué libros sugerimos a los demás, comunica nuestro ser más profundo. Para que las palabras sean efectivas, éstas normalmente deben surgir de una perspectiva basada en la propia experiencia.

Nuestro movimiento necesita contar con practicantes avanzados y experimentados. Tras funcionar como una red desde 1984, observamos que las comunidades más efectivas son aquellas donde existen personas experimentadas en los equipos de liderazgo. Cuando no se ha tenido el beneficio de dichos miembros, el grupo ha encontrado dificultades. En otras palabras, el tipo de ministerio que estamos comunicando normalmente necesita un rostro humano y manos humanas. Sería excelente si pudiéramos hallar servidores con la experiencia que proviene de la práctica contemplativa y capaces de dedicarse de tiempo completo a este ministerio.

Para los que viven en el mundo, tal compromiso de tiempo no siempre es posible. Sólo podemos aceptar como regalo lo que les sobra tras atender a la familia y sus otras obligaciones.

Sería ideal si las comunidades pudieran tener un lugar de reunión donde pudieran ofrecer hospitalidad, así como programas de formación. Hacer amistad con los miembros de los grupos de oración y orar con ellos desarrolla un sentido de pertenencia. Un lugar donde los practicantes de la oración centrante puedan reunirse a orar regularmente y al que la gente nueva pueda frecuentar, podría ser simplemente un local en una tienda o el sótano de una iglesia. Para nosotros, la comunicación en vivo es el lugar en el que suceden la mayor parte de las cosas.

PARTE II



CONSENTIR

A LA

ENTREGA

DE NOSOTROS MISMOS

El tema del año 2008 fue estar dispuestos a desprendernos de nuestra visión, nuestros proyectos y lo que más amamos por amor a Dios. A medida que madura el camino espiritual, Dios nos invita a consentir a formas más radicales de desapego. Se nos pedirá de vez en cuando que estemos dispuestos a dejar ir planes, proyectos, e incluso los seres más queridos, como una forma de profundizar nuestra fe y nuestro amor y de crecer en nuestra total dependencia de Dios.

LA DESTRUCCIÓN DE NUESTRA VISIÓN

Algunas investigaciones recientes sobre las Escrituras han puesto en claro que los relatos de la infancia de Jesús fueron diseñados como una catequesis para nuevos cristianos, especialmente los cristianos de origen judío. El Evangelio de Mateo comienza con una genealogía característica de la Biblia hebrea. Uno de los puntos de interés para nosotros acerca de la ascendencia de Jesús es que algunos de sus antepasados eran personas de bastante mala reputación.

Mateo escribe alrededor del 80 D.C., 40 años después de los acontecimientos de la vida de Jesús. Escribe para una comunidad de judíos convertidos al cristianismo que estaban siendo perseguidos por otros judíos no cristianos.

Hay una preocupación pastoral en los esfuerzos de Mateo por asegurarles a sus colegas cristianos de origen judío que es lícito trascender la Ley Mosaica y aceptar la opinión de San Pablo de que su cumplimiento no es obligatorio para los cristianos bautizados (ver Gálatas 3:28). Este hecho, obviamente, provocaba consternación y toda clase de reacciones defensivas en la comunidad judía convertida al cristianismo pero que permanecía fiel a sus prácticas y compromisos religiosos ancestrales.

El evangelio de Juan tiene también claramente un propósito catequético. Su objetivo es tratar de comprender el misterio de Cristo y el significado de la redención, especialmente la pasión, muerte y resurrección de Jesús. El evangelio de Lucas parece ser una instrucción catequética dirigida a los gentiles que no tenían que enfrentarse a los recuerdos de la Ley Mosaica. En ese Evangelio, María es el modelo para los cristianos recién bautizados.

La Buena Nueva del evangelio es, sin duda, una gran noticia, pero ¿cómo se vive eso en un mundo donde existe gran oposición? ¿Y, en el caso de los cristianos que preocupaban a Mateo, incluso persecución?

El modelo catequético de Mateo es José, el esposo de María. Cuando observamos los Relatos de la Infancia, no nos preocupamos principalmente por la historia, aunque ya

se conocían ciertos eventos sobre los primeros años de la vida de Jesús. Fueron compuestos con el propósito de animar a los lectores u oyentes pertenecientes al sistema de creencias y prácticas cristianas que enfrentaban la incompreensión y el rechazo de personas que compartían su mismo origen étnico y religioso.

El evangelio de Mateo aborda la cuestión de cómo ser cristianos cuando la gente no nos trata decentemente, sino todo lo contrario. Responde al siguiente problema: “¿No debería la Buena Nueva protegernos de la persecución y de los altibajos de la vida cotidiana, con toda su banalidad, por no mencionar la humillación de nuestros propios fracasos personales?” La segunda pregunta que puede surgir es: “¿Qué ha hecho realmente por nosotros, en concreto, la Buena Nueva? ¿Cómo nos enseña a vivir la vida ordinaria con paz y alegría? ¿Cómo podemos llevar una vida comprometida imitando a Cristo? Si Jesús nos invita a todos a seguirlo, ¿hacia dónde va?” El camino a Jerusalén es claramente la dirección que está tomando. Pero ése no es un camino que parece ser una buena noticia, cuando agregas al viaje el Calvario y la cruz.

El anuncio que predicán los apóstoles es una buena noticia. Necesitamos modelos. Mateo y Lucas nos dan a José y María, respectivamente.

¿Cuál es el papel de María como modelo de la Buena Nueva? Su papel es mostrar lo que significa ser encarnaciones de Cristo. Ella es la madre del Verbo hecho carne, y cada uno de nosotros, según el evangelio, está invitado a convertirse en hijo de Dios también. Permitir que Cristo nazca en nosotros es la finalidad de la proclamación de la Navidad para Lucas.

La luz de la Navidad, según Lucas, es la constatación de que Cristo desea nacer en nosotros, y que en nuestra vida van a ocurrir situaciones similares a las que sucedieron en su vida terrenal y en la de María. Debemos encarnar a Cristo en nuestra vida cotidiana, a pesar de los obstáculos que nos rodean. Los cristianos, por lo tanto, no deben sorprenderse ante la oposición, o incluso la persecución, por parte de sus compatriotas, familiares y amigos.

Miremos a José, tal como lo presenta Mateo, como modelo de lo que la vida cristiana puede hacer por nosotros y espera de nosotros. Su ejemplo es un fuerte incentivo para permitir que ocurra en nosotros el mismo proceso que ocurrió en su experiencia. No es

fácil vivir como lo hizo José. No son tanto sus acciones como su actitud de total entrega y confianza la que se destaca en sus diversas pruebas. Su camino es la asimilación de la pasión y muerte de Jesús en toda su profundidad de significado. Es también una invitación a glorificar a Dios en nuestros propios cuerpos y experiencias de crecimiento, dejando nacer a Cristo en nuestra situación específica, con todas nuestras limitaciones personales, dificultades sociales y las persecuciones que puedan acontecer.

¡Seguir a Cristo no es, pues, una alfombra mágica para alcanzar la felicidad! No nos asegura riqueza ni seguridad. No nos promete una larga vida. No nos proporciona fama y fortuna, poder y control sobre los demás. Y lo que es aún más significativo, no nos da el poder de controlarnos a nosotros mismos.

Este último punto es un asunto importante. El proceso por el que Cristo nace en nosotros y nos transforma en ciudadanos del Reino es un estado de consciencia, en vez de un lugar. No es *cualquier* estado de consciencia, *sino la consciencia que tiene Cristo del Padre como Abba*. Ahí la Buena Nueva revela la extraordinaria belleza y profundidad de la invitación y el desafío de Dios de volvernos divinos. Dios no es solo trascendente, o el Dios de Israel, o el Dios de los ejércitos, sino nuestro Abba, nuestro Padre amoroso, el Dios de infinita misericordia.

Aquí tenemos que mirar a la familia humana desde un contexto más amplio. ¿De dónde vino? ¿Hacia dónde va? ¿Se trata de una especie que comenzó en el paraíso con Adán y Eva, o es más bien una especie que se encuentra en evolución y cuyo principal problema radica en el hecho de que aún no ha llegado a ser completamente humana ni, mucho menos, divina? Dios conoce totalmente a cada miembro de la familia humana con la preocupación amorosa de los padres más solícitos—idea que está más o menos contenida en la relación que Jesús tenía con la Realidad Última como Abba. Este término era desconocido en los círculos religiosos de su tiempo. Dios es cercano, tierno, maternal, y todos los demás atributos que acompañan a esta palabra aramea familiar para referirse al “padre”. Esta es la actitud revolucionaria hacia la Realidad Última que Jesús les comunicó a sus contemporáneos y que nos está tratando de transmitir a nosotros.

Todo lo que Jesús enseña acerca de su Padre no extrae a la condición humana de su impotencia y confusión, su ignorancia y oscuridad, y su dependencia de las redes

animales y neurológicas que existen en nuestro cerebro tripartito. Nuestro problema es que no hemos integrado los instintos inferiores de nuestra naturaleza, enraizados en nuestra ascendencia animal. Nos enfrentamos a la lucha por ser completamente humanos cuando todavía tenemos toda la neurología que nos permite vivir en este mundo como animales pensantes.

Las investigaciones modernas han dejado en claro que no son sólo nuestros comportamientos de la niñez temprana los que nos separan de la experiencia divina. La fisiología del cerebro depende de hábitos arraigados desde la primera infancia. Las necesidades instintivas de la naturaleza humana no son sólo ideas, sino también estructuras físicas con las que el cerebro reacciona a los estímulos externos de los sentidos a través de corrientes eléctricas y las traduce, no como nos gustaría, sino con las mismas reacciones habituales que hemos experimentado en el pasado.

Cuando tratamos de cambiar un patrón o un comportamiento emocional, debemos ser conscientes de que el cerebro está configurado para hacer lo que hace habitualmente, que es enviar la energía por los mismos canales antiguos excavados en la primera infancia. Nuestra tarea inicial es conseguir una excavadora, por así decirlo, y aplanar el terreno. ¡Una excavadora, por desgracia, no cabe en el cerebro! Por lo tanto, cambiar la forma en que reaccionamos ante las cosas desde el punto de vista emocional, mental y sociológico es una tarea enorme y que toma mucho tiempo.

Todavía no sabemos cómo el inconsciente colectivo afecta nuestro comportamiento, especialmente cómo nuestro ADN genético determina, hasta cierto punto, quiénes somos. Estamos en un lugar interior en el que ya no podemos volver a la ausencia de responsabilidad de los animales de los que evolucionamos, y no podemos ascender a una conducta plenamente humana y menos aún a la del Reino de los Cielos.

La cruz es una imagen impactante de la naturaleza humana no evolucionada y situada en nuestra etapa actual de consciencia, que no es ni la de un animal ni la de un ángel. De hecho, estamos *crucificados* entre el cielo y la tierra. De ahí la necesidad de que Cristo, el ser humano divino, nos revele la situación humana en la que estamos inmersos y que él asumió íntegramente en su encarnación y redimió en la cruz.

La Buena Nueva del evangelio en realidad conlleva una cierta dosis de malas noticias. Pero éstas no son nuevas para Dios. Él está plenamente consciente del proceso

evolutivo y probablemente está menos preocupado que nosotros por nuestras inevitables faltas. Si aún no hemos evolucionado plenamente, es difícil que Dios espere que nos comportemos como ángeles, o ni siquiera como seres humanos maduros.

Nos encontramos con el claro llamado del evangelio a convertirnos en divinos por participación, que es lo que es la gracia. Mateo ha elegido a José como modelo de lo que podemos esperar del desarrollo de la Buena Nueva en nuestras vidas, así como de la forma en que podemos responder a la experiencia de nuestro enigma más profundo, lo que la teología llama las consecuencias del pecado original. Nacemos y crecemos sin la experiencia de Dios, poseyendo al mismo tiempo el destino de una criatura diseñada para una felicidad sin límites. Nuestro deseo de felicidad, que es probablemente la prueba más grande de la presencia de Dios en nosotros, ha sido concedido a los candidatos más improbables.

Dios parece haber elegido a la menor de todas las criaturas intelectuales para manifestar al máximo Su Ser más íntimo. Quizás haya muchos otros mundos que se descubrirán con el tiempo. ¿Por qué debe éste ser el único universo, cuando creemos que Dios es infinito? En todo caso, éste es el único que conocemos y, por lo tanto, es el foco principal de la revelación.

La pregunta básica que todos tenemos como copartícipes en el drama de la vida humana es cómo la materia—lo que aparenta ser todo lo contrario de lo que entendemos por Dios—está destinada a hacerse divina en nosotros, un proyecto que no podría habersele ocurrido a nadie, sino solamente a Dios.

Nuestro destino es llegar a la propia felicidad infinita de Dios. Estamos destinados a participar en ella, pero el camino implica, primero, experimentar que somos impotentes para lograrla por nosotros mismos. Este es uno de los problemas más grandes de nuestra vida espiritual. ¿Cómo estar en paz con esta situación? Poseemos aspiraciones casi infinitas en cuerpo, alma y consciencia que nos hacen darnos cuenta de que no podemos alcanzar la paz y la felicidad por nuestros propios medios. De hecho, tendemos a resistir los esfuerzos de Dios por proporcionarnos las actitudes más útiles para poderlas lograr.

Por eso necesitamos modelos, y Lucas y Mateo presentan respectivamente a María y a José como personas que manifiestan las disposiciones y comportamientos necesarios para experimentar la plena felicidad humana. Veamos primero la catequesis en Mateo. “Así ocurrió el nacimiento de Jesús, el Mesías. Estando desposada María su madre con José, pero antes de que vivieran juntos, se encontró que había concebido por el poder del Espíritu Santo.” (1:18). Ya conocemos la Anunciación y el consentimiento de María después de su vacilación inicial. (Ver Lucas 1: 26-38). Su vacilación estaba bien fundada. Sólo podemos imaginarnos lo que esto significó para ella y su familia.

La costumbre judía de la época, según muchos exégetas, era que una pareja se casaba formalmente, pero no vivían juntos durante cierto tiempo. La costumbre requería que la novia permaneciera en su propia casa durante varios meses. Luego se trasladaba a la casa de su marido y se consumaba el matrimonio. Hasta ese momento, no debía haber relaciones sexuales entre ellos.

Esto significa que el anuncio del ángel condujo a José a un dilema enorme y desgarrador. José se dio cuenta del embarazo de María y sabía que él no era el padre biológico. Leyendo algo más del pasaje: "Su esposo José, siendo un hombre justo..." (Mateo 1:19). El término “justo” es una palabra clave en el vocabulario hebreo. Significa que cumplía la ley y que estaba dedicado a ella.

El texto continúa: "y sin querer exponerla". La ley requería divorciarse de una esposa infiel, por lo que decidió despedirla discretamente. ¿Con qué discreción puede divorciarse alguien en un pueblo pequeño, especialmente en Nazaret, el "lugar del que no podía salir nada bueno" (Juan 1: 46)? José decidió divorciarse de ella en secreto y no hacer una declaración pública acerca de su aparente mala conducta. El hecho de que ella estuviera embarazada podría significar que José no era un hombre justo y había sostenido relaciones sexuales con ella, contrario a la costumbre aceptada, o que ella era adúltera. Las adúlteras podían ser apedreadas, como escuchamos en el evangelio de Juan. La gente tomaba muy en serio la mala conducta sexual en la comunidad hebrea.

María tenía alrededor de 15 años en ese momento. No sabemos si le contó a José la historia real. Si estuvieras embarazada por obra y gracia del Espíritu Santo, ¿te sentirías inclinada a contárselo a alguien? Es muy probable que María se quedara callada. Quizá éste podría haber sido uno de los motivos para dejar a su familia con el

pretexto de visitar a Isabel, quien también había quedado encinta de una manera extraordinaria, aunque no tan extraordinaria como la de María. En cualquier caso, María se ausentó y se fue a pasar tres o cuatro meses con Isabel en reclusión.

¡Cuál debe haber sido la preocupación y la angustia de cargar al Santo en su seno, según la tradición hebrea, y no poder hablar con nadie acerca de esto, además de preguntarse lo que José podría estar pensando de ella! Evidentemente, ella no se lo comunicó y esto probablemente hacía la situación aún más difícil para él.

A la luz de todo esto, José tenía que tomar alguna decisión. Como persona justa, no podía comprometer su propia integridad y su compromiso con el bien común. A los ojos humanos, María había sostenido relaciones con alguien, pues de lo contrario este bebé no estaría apareciendo en su cuerpo. Por otro lado, José tenía que considerar su inmenso amor por ella y su aprecio de las extraordinarias cualidades espirituales de María. Ella representaba la mejor esperanza y la visión más querida de lo que él consideraba su propia felicidad personal.

Si tenemos en cuenta su conversación con el ángel, María da a entender que ella y José tenían un acuerdo de vivir como hermanos, lo que le permitiría permanecer virgen. Sin embargo, no sabemos con certeza cuál es la revelación que los autores sagrados están tratando de impartir acerca de su situación. Lo que parece claro es que José estaba intentando seguir la costumbre general y, al mismo tiempo, su amor por María no le permitía contemplar el riesgo de que ella fuera apedreada o humillada. Si la acogía en su casa antes de la demora acostumbrada, se percibiría o se presumiría que él era el padre. Ya no sería el hombre justo que la gente pensaba que era.

José pasó por un período de lucha interior y seguramente por un estado de profunda angustia. ¡Pocos matrimonios han estado rodeados de mayores dificultades que éste! También es posible, como han sugerido algunos autores, que él sospechara el Misterio que ocurría en ella. El pueblo judío estaba esperando que el Mesías naciera en cualquier momento, y se nos dice que la mayor parte de las jóvenes judías hubiesen aceptado gozosas ser su madre.

Si José sospechaba el misterio, también podría pensar: "Si ella es la madre del Mesías, éste no es el lugar para mí". En cualquier caso, tenía que decidir qué hacer para proteger la reputación de María y, al mismo tiempo, cumplir con la costumbre social,

algo que se complicaba aún más por su sospecha de una Presencia trascendente dentro de ella de la que no se sentía digno de participar.

Las ideas tradicionales acerca de la virginidad perpetua de María hacen que nos preguntemos qué tipo de acuerdo tenían antes de la anunciación del Ángel.

Cualquiera que éste fuera, sus planes fueron completamente trastocados y anulados por su misterioso embarazo. José no podía creer que se debía a otro hombre... pero ¿de qué otro modo podría haber sucedido? No tenía respuesta.

Este gran Dios nuestro, como lo ha revelado Jesús, no se siente atado a sus propias reglas. Por eso, lo que menos esperamos que va a suceder, sucede; y lo que más creemos que va a ocurrir, no ocurre. Este patrón divino de acción nos advierte que no debemos juzgar ni a José ni a nadie más; ni siquiera los comportamientos externos que parecen inapropiados. Sólo Dios conoce todos los hechos. Su base de datos tiene información que nosotros no poseemos. Nadie más que Él conoce todos los factores que influyeron en nuestros primeros años de vida. Sabemos que hay una cierta dosis de libertad de elección en nuestras decisiones y comportamientos, y que esta dosis de libertad es, precisamente, el dilema humano. Los animales, los vegetales y otras formas de vida no tienen este problema. Los seres humanos somos muy influidos por causas secundarias, tales como eventos sociales, las otras personas, así como problemas emocionales o mentales, pero cuál pueda ser nuestra responsabilidad real en el caso de una elección específica es el secreto de Dios.

Cada uno de nosotros lleva la carga, a veces muy pesada, de nuestros antepasados, nuestro medio social y sus influencias sobre nosotros desde el momento de nuestra concepción. Dios sabe exactamente cuáles son. Él nos ama tal y como somos, y debido a su compasión infinita, nuestra debilidad parece atraerle especialmente. Para repetir una vez más lo ya dicho, la paradoja humana más fundamental consiste en estar llamados al destino trascendente de una felicidad sin límites como partícipes en la vida divina de Dios y, al mismo tiempo, estar conscientes de la imposibilidad de alcanzarla por nuestras propias fuerzas. La buena noticia es que hay una forma de afrontar este dilema. Ese camino lo modelan José y María, cada uno a su manera. Básicamente, consiste en estar dispuestos, por amor a Dios, a vivir con nuestras dificultades externas, nuestras innumerables faltas y las abrumadoras debilidades que constituyen nuestra porción particular de la condición humana.

No saber dónde se encuentra la verdadera felicidad se llama *ilusión* en la mayoría de las religiones del mundo. La concupiscencia o ansia es buscar esa felicidad en los lugares equivocados. La gracia de Dios nos ofrece la convicción cada vez más profunda de que, incluso si supiéramos dónde poder encontrar la verdadera felicidad, somos completamente incapaces de ir tras ella por nuestras propias fuerzas. Por lo tanto, dependemos completamente de la misericordia de Dios.

¿Es esto un desastre? En realidad, es la primera Bienaventuranza del Sermón de la Montaña (ver Mateo 5:3). Los Frutos del Espíritu y las Bienaventuranzas, que provienen de los Siete Dones del Espíritu, son participaciones en la mente y el corazón de Cristo, que nos son comunicados en virtud de su transmisión del Reino de Dios a través de las Escrituras, los sacramentos y nuestra aceptación de la voluntad de Dios. La belleza de la Primera Bienaventuranza es su sentido de completa dependencia de Dios. Es una consciencia creciente de nuestra miseria espiritual personal, sin sentirnos molestos o perturbados por ella: es estar satisfechos con ser impotentes y, al mismo tiempo, totalmente dependientes de Dios para alistarnos a participar en la vida divina.

El ejemplo de Jesús.

Jesús les dijo a sus discípulos: “Vengan y síganme.” ¿Adónde va? No sólo a Jerusalén y a la cruz, donde experimentó la pobreza espiritual y toda la gama de la debilidad humana, sino aún más profundamente, al momento en que los pecados del mundo cayeron sobre él, como lo indican las palabras de Pablo: “El que no conoció pecado, por nosotros se hizo pecado.” (2 Corintios 5:21).

La clave para comprender el corazón de Cristo es su consentir a ser vaciado de sus privilegios divinos e identificado con todas las consecuencias del pecado, hasta el punto de sentirse abandonado por el Padre. En su caso, como el Verbo de Dios hecho carne, “no consideró la igualdad con Dios como algo a que aferrarse, sino que se despojó de sí mismo.” (Filipenses 2:6-7).

Kenosis es la palabra griega para *vaciarse*. Al aplicarla a nosotros, significa vaciarnos de nuestro falso yo para que la actividad divina pueda penetrarnos tal y como somos. Cristo se despojó de su divinidad para hacerse totalmente vulnerable como un ser humano semejante a nosotros. Este es el “intercambio admirable” que se celebra en la

liturgia navideña: el intercambio de la debilidad humana por la fuerza y el poder de Dios. Cristo se ha despojado de los privilegios divinos para compartir la condición humana, hasta el punto de llegar a ser el último y el menor de toda la humanidad. Su resurrección nos introduce e impulsa a la vida y el amor divinos.

¿Cuál es el motivo detrás de esta actividad divina? ¿Qué nos revela acerca de Dios? El propósito de la encarnación de Cristo, como él mismo dijo, es principalmente revelar al Padre. En Dios no hay un yo como tal. La actividad fundamental y eterna de la Trinidad es el vaciamiento total de cada una de las tres relaciones divinas en las otras. La Deidad es el flujo de amor abnegado de cada una de las personas divinas hacia las demás. Estamos invitados a sumergirnos en ese flujo de amor desinteresado, en la corriente de caridad que palpita en las relaciones trinitarias y que penetra la condición humana por medio de la encarnación de Cristo.

José, como figura principal del genuino Misterio redentor, también forma parte de esta dinámica de vaciamiento. En la Divinidad, el sacrificio total es gozo y deleite absoluto, pero en la realidad humana, donde existe una cierta libertad, el sacrificio normalmente implica un inmenso sufrimiento. Entregarnos tan completamente como las personas divinas se dan libremente las unas a las otras es la invitación divina que se nos dirige desde la cruz. Desde esta perspectiva, el sacrificio es el sentido último del universo. Con su ejemplo, Jesús nos señala la forma divina de ser humanos. Es la máxima evolución de la vida, desde sus formas inferiores o más primitivas, hasta el estado más alto de consciencia que es posible para los seres humanos.

En medio del enorme dilema de José, el Ángel le dice: “No tengas miedo de tomar a María como tu esposa.” Esas palabras dan a entender que él sí temía al Misterio divino que se había apoderado de ella. Tal vez el Ángel estaba confirmando sus sospechas, como diciéndole: “Tienes razón, pero te equivocaste al alejarte del Misterio, porque, aunque no eres digno, eres la persona a quien Dios ha elegido.”

Dios no parece prestar mucha atención a la dignidad. De hecho, parece preferir realizar sus obras más grandes a través de los instrumentos más inapropiados, incluso empleando a las personas más débiles e improbables.

Santa Teresita de Lisieux, quizás la mayor contemplativa de nuestro tiempo, recuperó y renovó la dimensión contemplativa del evangelio para el cristianismo

contemporáneo. En sus escritos dice que, si Dios pudiese encontrar un alma aún más débil que la suya, pero entregada por completo a Él, la llenaría de gracias incluso mayores que las recibidas por ella.

Dios no necesita nuestros logros o nuestros talentos. Los ángeles están mucho mejor equipados con todo eso. Nuevamente, una observación de Santa Teresita revela que lo que Dios requiere de nosotros es casi increíble. Si pudiéramos aceptarlo, nos ahorraríamos muchísimos problemas, especialmente si aprendemos a hacerlo temprano en la vida. *El máximo deseo de Dios es que le permitamos que nos ame.*

Ser amados por el amor infinito puede traer complicaciones. Nos enseña que *ser* es más importante que *hacer*. Esta es una disposición contemplativa básica. Es decir, afirma que es mejor recibir que dar. Esto parece contradecir la afirmación de San Pablo de que “es mejor dar que recibir” (Hechos 20:35). Pero ese consejo se refiere a las etapas iniciales de la vida espiritual.

El amor a nuestra propia pobreza espiritual es uno de los mayores regalos de Dios. Solo podemos aprender esto mediante la pérdida del falso yo. Lo que el mundo necesita son personas de gran visión como José, porque la visión da sentido y significado a una vida cotidiana que a menudo parece proseguir sin rumbo, sin frutos y desperdiciada en trivialidades.

La virginidad significa principalmente humildad en las Escrituras. Es la humildad de María la que la hace incomparable en el uso de su propia libertad. Celebramos esta revelación como parte de la enseñanza acerca de la Inmaculada Concepción. Ella nunca tuvo que enfrentar el problema particular de un falso yo, pero sí tuvo que lidiar con las contrariedades normales de la vida diaria, especialmente como esposa de José, que debe haber estado muy feliz de recibir a María en su casa.

Recientemente, los exégetas han hecho otro descubrimiento interesante con respecto a las costumbres judías de la época. Cuando nacía un niño, el padre no poseía ni tomaba posesión del niño sin antes declarar públicamente su intención de aceptar responsabilidad por él. Es decir, que un padre no tenía necesariamente que aceptar dicha responsabilidad. José aceptó libremente a Jesús y todas las obligaciones de la paternidad que acompañaban a esa aceptación. José, como judío justo, sabía que esto tenía consecuencias muy graves, tanto económicas como sociales.

Veamos otros puntos significativos de la experiencia de vida de José. Había pasado por una enorme conversión como resultado de su dilema. Me refiero a su proyecto de vivir con María y a la contradicción que su embarazo introdujo en esta situación. La vida con María era su visión principal. Si seguía la costumbre judía, también aceptaba ser el padre adoptivo de Jesús y su mentor principal. Ésas eran sus dos grandes visiones, los dos ojos con los que percibía la realidad.

La travesía espiritual a menudo se compara con un desierto o un océano. La persona que está transitando ese viaje se encuentra con el equivalente a un oasis en un desierto o un puerto en el océano. La tentación es pensar que el viaje ha llegado a su fin y que todos sus inmensos esfuerzos están finalmente produciendo el fruto anhelado. Pero el oasis o el puerto pueden convertirse en un lugar venenoso para alguien que está en el proceso de transformación. En la travesía espiritual, pueden ocurrir altos grados de experiencia espiritual, de consuelo y de iluminación que nos invitan a establecernos en ese nivel y considerarlo el final del camino. Pero, a menos que sigamos adelante, la travesía puede estancarse en lo que aparenta ser un logro espiritual.

Dios nos da muchas oportunidades para soltar nuestra visión y, es más, a menudo toma nuestra visión y la hace añicos, especialmente si ve que ésta es la única forma en que la visión puede *convertirse*, de veras, en la visión, en lugar de simplemente estar *pensando acerca* de ella.

Observen el desprendimiento que se produce cuando se nos invita a dejar ir lo que más amamos. En el camino espiritual, a lo mejor esto incluye nuestra experiencia de Dios, que puede ser tan gratificante que nos gustaría conformarnos con esa experiencia y no correr nuevos riesgos. Pero es fundamental seguir adelante. Por otro lado, lo que es necesario y liberador es *estar dispuestos* a que nuestra propia visión se haga pedazos y no el hecho mismo de renunciar a ella, como vemos en el caso de José. Dios por fin reafirmó el camino de José. Su actitud hacia su visión había cambiado completamente. Ahora llevaba a cabo la visión como la voluntad de Dios, en lugar de la suya propia. Sabía que Dios lo había elegido para el ministerio de cuidar a María y Jesús, y consintió a ello de todo corazón.

Observemos ahora la forma en que Dios trabaja con el nuevo José, cuyo peregrinar ha madurado enormemente por su experiencia de estar listo y dispuesto a renunciar a su visión.

Renunciar a la propia visión no es el final del camino, sino el comienzo. También tenemos que enfrentarnos y renunciar a la percepción de un yo separado. Entonces la vida comienza a impulsarnos a que llevemos a cabo lo que nos comprometimos a hacer.

El hecho de que Dios nos haya llamado no significa que el compromiso vaya a ser fácil o que hayamos respondido adecuadamente. Todo lo que hemos hecho es dar un pequeño paso en el camino de seguir a Cristo. Queda toda la vida por delante. Miremos lo que fue para José.

En primer lugar, no pudo proporcionar las condiciones normales para el nacimiento del hijo de María. Eso debe haber sido un golpe para su ego en una religión y una sociedad en las que se suponía que los padres eran cabeza de familia. Sólo se les consideraba justos cuando proporcionaban todo lo necesario para la familia.

Poco después del nacimiento de Jesús vino su presentación en el templo, como lo exigía la ley. Simeón tomó al Niño en sus brazos y dijo: "Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel" (Lucas 2:34). Y luego le dijo a María, "una espada te atravesará el alma" (v.35). ¿Qué pasó por el alma de José cuando escuchó esas palabras?

Más tarde, un ángel se le aparece en un sueño y le dice: "Toma al niño y a su madre y huye a Egipto" (Mateo 2:13). Las autoridades los están persiguiendo y tienen que escapar a Egipto como refugiados. El hecho de que Dios nos haya escogido, como a José, no quiere decir que todo vaya a marchar sobre ruedas. Al contrario, la vida nos lleva a poner en práctica nuestro compromiso y la nueva versión de la visión con la que ahora nos identificamos.

María, José y Jesús se convirtieron en refugiados como tantas otras personas en nuestro tiempo. No sabemos cómo llegaron a Egipto. Era un viaje peligroso y no era probable que conocieran a nadie cuando llegaron allí. Por lo tanto, se identificaron con la gran cantidad de personas que, a lo largo de los siglos, han sido exiliados o refugiados de diversas formas de injusticia o desgracia humana. Eso debe haber sido

un golpe para el ego de José, ya que, como buen padre judío, se esperaba que fuera capaz de mantener a su familia y a su hogar.

Una vez más, cuando regresaron de Egipto, José no pudo elegir el lugar más apropiado para vivir, sino que nuevamente tuvieron que esconderse de las autoridades aún preocupadas por el Niño Rey de quien los Magos habían hablado. La Sagrada Familia fue a Nazaret que, como hemos visto, aparentemente era un lugar en el que nadie quería vivir. Es decir, que José fracasa de nuevo. No parece estar a la altura del ideal cultural de persona justa y padre ejemplar.

Mucho tiempo después, el Niño Jesús decide escabullirse y conversar con los maestros del Templo. Cualquiera niño que se escapa es una humillación y una vergüenza para la mayor parte de los padres. Cuando José y María finalmente encuentran a Jesús, él muestra poco interés en ellos. Les pregunta: "¿No sabían que debo estar en la casa de mi Padre?" (Lucas 2:49). De esta manera, Jesús le advierte a José que no lo considera su verdadero padre. ¿Fue éste un rechazo de la paternidad de José desde la perspectiva de éste? ¿O fue tal vez su crucifixión de corazón, su pérdida no sólo de María, sino también de Jesús? En cualquier caso, es posible que con eso completara su camino espiritual. No sabemos nada más acerca de él después de ese incidente.

Pasaron unos 20 años desde ese momento en el Templo hasta que Jesús comenzó su tarea de predicador. La catequesis de Mateo parece advertirnos que no vamos a poder quedarnos en ningún puerto u oasis que encontremos en el camino. La vida regresa a la misma pregunta una y otra vez, desafiando la visión que tenemos de nosotros mismos.

La visión de José era: "¿Eres un buen padre judío?" Su condicionamiento cultural diría: "Sí, lo soy", pero la vida le decía "No, no lo eres". ¿Estaría dispuesto a aceptar ser simplemente él mismo, y hacerle frente a la profundidad cada vez mayor de su humillación? En cualquier caso, toda visión, por elevada que ésta sea, debe hacerse añicos, bien sea nuestra visión acerca de la vida espiritual, la Iglesia, Jesucristo, o incluso de Dios. Ése es el peregrinaje tradicional a través del desierto o a lo ancho del mar.

En resumen, la mayor contribución de José a la transformación de la familia humana y su paso de la evolución biológica a la espiritual—un paso enorme en la comprensión

del plan de Dios para el universo—fue su matrimonio con María. Ese matrimonio parece cambiar el mandamiento original de Dios a Adán y Eva "de ser fecundos y llenar la tierra" (Génesis 1, 28). O, más bien, le da una nueva dimensión, una mayor plenitud. En las personas de María y José, Dios parece estar desafiando a la familia humana a llenar la tierra, no de manera cuantitativa, sino cualitativa. Esta nueva invitación no es a aumentar el número de personas, sino a aumentar y multiplicar la experiencia del pleno desarrollo del amor divino. El matrimonio de María y José expresa esta nueva comprensión del destino humano, porque no fue su unión física, sino su amor espiritual lo que trajo al Hijo de Dios al mundo y creó el ambiente en el que creció hasta alcanzar su madurez humana.

EL SACRIFICIO DE LO QUE MÁS AMAMOS

Hemos estado considerando a José como un modelo para los catecúmenos en lo que respecta a la vida cristiana y cómo vivirla. Vimos que su dilema crucial fue la pérdida de María cuando ésta quedó embarazada. José se encontraba atrapado entre exponerla o llevarla a su casa como su esposa, a riesgo de perder su propia reputación. Se suponía que una pareja judía no debía unirse mientras vivían en casas separadas, pero ella estaba embarazada. Este embarazo, a los ojos humanos, era de él o, en caso contrario, ella era adúltera. José escogió proteger la reputación de María y sacrificar la suya propia.

El lenguaje del texto también sugiere que él podría haber estado preocupado por involucrarse en un misterio divino que no entendía y del que se sentía indigno. Su otra opción era dejar que ella cargara con la culpa al divorciarse de ella discretamente y mantener su reputación de hombre justo. Dios, a través del mensaje del ángel, le estaba pidiendo que renunciara a su propio buen nombre y la llevara a su casa, lo que significaba, a los ojos de la mayor parte de la gente, que él se había portado mal durante el período del compromiso. No se nos dice si alguna vez se recuperó de ese estigma, al menos en su propia ciudad natal.

El evangelio de Mateo fue escrito para cristianos de origen judío, como vimos. Al leer este texto, ellos observarían las semejanzas con otros personajes de la Biblia hebrea. Sin duda, los amigos de Dios están claramente destinados a ser purificados. Dios se involucra profundamente en su proceso transformador y este proceso presenta ciertas discernibles características distintivas.

Los judíos convertidos al cristianismo probablemente pensaban en las alianzas que Dios había hecho con un número de personas antes de que Jesús estableciera la Nueva Alianza. Hubo alianzas con Adán y Eva, Noé, Melquisedec, Abraham y Moisés. Surge entonces la pregunta, ¿siguen vigentes las alianzas que precedieron a la Nueva Alianza? Algunos teólogos piensan que Dios nunca anula nada de lo que ha prometido. Si esto es cierto, la Palabra de Dios ha estado activa en la población humana desde su comienzo. Los ritos que existen en otras religiones, incluso en las

religiones basadas en la naturaleza, son salvíficos para ellos y pueden ser el medio por el cual Dios los lleva a la redención. Los documentos del Vaticano II (1962-1966) enseñan que Jesús y su actividad redentora son la fuente última de la salvación de todos.

Abraham fue llamado por Dios a un proceso de crecimiento. Dios le prometió en su vejez que engendraría un hijo a través del cual todas las naciones serían bendecidas. Se dice que Abraham puso su fe en Dios, y que Dios se lo reconoció como justicia. (ver Génesis 15: 5-6).

Pablo enseña que es la fe la que salva y no las obras (ver Romanos 3:28). Observen que la fe implica una relación personal. No se trata de un sistema o de una serie de creencias que debemos aceptar, sino de nuestra entrega al misterio de la presencia de Dios en todos los aspectos de la vida.

Isaac nació para sorpresa de todos, incluso de su madre Sara, y se convirtió en la niña de los ojos de Abraham y el hijo amado de su vejez. Tras haberle otorgado a Abraham toda clase de favores materiales y espirituales, y de proporcionarle un hijo cuando ya estaba tan avanzado en años, Dios le ordena sacrificar al niño en una montaña que Él le mostraría. El texto da detalles conmovedores acerca de cómo Abraham obedece y conduce a su hijo Isaac en un viaje de tres días a una montaña, mientras el joven carga la leña para el sacrificio. Caminaron en silencio durante largo tiempo. Isaac finalmente preguntó: "Papá, aquí está la leña. ¿Dónde está el sacrificio?" Abraham le respondió: "Dios se encargará de eso, hijo mío" (Génesis 22: 7-8).

Cuando llegaron a la cima de la montaña, Abraham colocó al niño en la pira y se dispuso a sacrificarlo con su cuchillo. Cuando estaba a punto de hacerlo, en el último momento, apareció un carnero en la maleza cercana y un ángel descendió y le gritó a Abraham: "¡No toques al niño!" Poco después, Dios le dice a Abraham: "Puesto que has hecho esto y no me has negado tu hijo, haré que tu descendencia sea tan numerosa como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar" (22:17-18). Casi podemos escuchar gratitud y asombro en la voz de Dios en este recuento del texto. Abraham estaba totalmente listo a llevar a cabo la voluntad de Dios bajo las circunstancias más difíciles que pudiéramos imaginar.

El sacrificio de Isaac se ha convertido en símbolo del *sacrificio de lo que más amamos* por el mayor amor a Dios. Estas son las circunstancias históricas en las que no sólo se encontraba José, el esposo de María, sino que se repiten una y otra vez en nuestra propia vida. Se trata de un patrón de entrega de nosotros mismos. No es un proceso abstracto, ni es un heroico estar a la altura de las circunstancias para soportar alguna dificultad o prueba en particular. Más bien, es la experiencia humana clásica de un amor abrumadoramente precioso, pero que termina con la muerte o el rechazo.

Lo que más amamos puede ser nosotros mismos u otra persona. También pueden ser nuestro trabajo, nuestro rol, nuestra nación, nuestra reputación espiritual o nuestros logros. Encontramos que esto sucede casi regularmente en los fundadores de las diversas órdenes. Muchos fundadores fueron expulsados o reemplazados por alguna persona ambiciosa en su organización. Una de las víctimas más famosas fue San Francisco de Asís. Éste vislumbraba cómo reformar la Iglesia y puso todo su empeño en establecer la sencillez del evangelio en la comunidad que había fundado. Las autoridades de la Iglesia de la época no mostraron mucho interés. Una institución tiende a ser más lenta que los individuos en ver la necesidad de reformas. En este caso, la Iglesia, en la persona del Papa, no aprobó el rigor de su regla con respecto a la pobreza absoluta. Esto permitió que el lado intelectual de la orden se hiciera cargo de ella y fue el Hermano Elías, como Superior General, quien finalmente le dio a la orden franciscana su forma final, rechazando gran parte de lo que Francisco había esperado poder lograr para Dios y para la Iglesia.

Estos acontecimientos llevaron a Francisco a retirarse a una ermita, donde entró en una profunda noche del espíritu que culminó con la recepción de los estigmas de Cristo. El objetivo por el que había laborado durante toda su vida se hizo trizas.

El inevitable sacrificio de lo que esperamos, a menudo llamado nuestra visión, seguramente se verá desafiado con el transcurso del tiempo, y es posible que incluso tengamos que sacrificar nuestra idea de lo que creíamos que Dios deseaba de nosotros. Eso nos sucede a todos en cosas pequeñas como preparativo para las más grandes. Es la respuesta de Dios a la generosidad que está dispuesta a elegirlo a él por encima de todo lo demás. En el caso de José y María, José estuvo dispuesto a apartarse de María por amor a Dios y guardar su ley. Una vez que hizo el sacrificio interior, ella le fue devuelta, como vimos.

Por lo tanto, lo que se requiere es *estar dispuestos* a dejarlo todo por amor a Dios, no el hecho mismo de hacerlo. Nuestra visión puede ser, en realidad, parte del plan salvífico divino. Evidentemente, Dios estaba encantado con la fidelidad y la disposición de Abraham de entregar a su hijo amado. Sin embargo, para que pudiesen cumplirse las promesas de Dios a Abraham, era necesario que el muchacho continuara con vida.

Cuando Dios le dijo a Abraham que sacrificara a Isaac, ¿creía Abraham que Dios resucitaría a Isaac de entre los muertos? La consciencia de Abraham se enfrentó a un dilema abrumador: su amor muy especial y tierno por el hijo de su vejez y, al mismo tiempo, la orden de Dios de sacrificarlo.

A través de esta enorme prueba, la consciencia de Abraham parece haberse transformado radicalmente y liberado del condicionamiento cultural de su tiempo. Quizás en ese largo viaje a la montaña, Abraham comenzó a dudar de la práctica aceptada en su época que condonaba, e incluso fomentaba, el sacrificio humano. El Dios que él conocía y cuya amistad significaba todo para él, ¿realmente requería el sacrificio de su hijo amado?

Con esta pregunta en su mente, Abraham procedió con los preparativos necesarios, hasta el punto de levantar el cuchillo dispuesto a matar a su querido hijo. Entonces el Ángel le ordenó que no le hiciera daño al niño. Abraham ya había hecho el sacrificio de lo que más amaba en el mundo, mediante su entrega total a la voluntad de Dios tal como él la entendía. Por lo tanto, Abraham pudo confiar en su *experiencia* personal de Dios y rechazar toda la fuerza de su condicionamiento cultural. Dios resolvió así el dilema de Abraham, liberándolo de la práctica universalmente aceptada del sacrificio humano, común en la sociedad de su tiempo.

Esta casi tragedia deja en claro que el sacrificio de lo que más amamos nunca puede incluir el sacrificio humano, sino que conduce a la entrega total de *nosotros mismos* a Dios. Su testimonio puso fin a la costumbre de sacrificar seres humanos por cualquier motivo y a rechazar todo tipo de chivos expiatorios.

El dolor desgarrador de Abraham puede transferirse a María, que estaba plenamente consciente de las palabras del ángel acerca de que Jesús, su hijo, sería el salvador del mundo (ver Lucas 1:33). Pero no se le explicó cómo ocurriría esto. Cuando lo vio morir en la cruz, ¿creyó que Dios Padre lo resucitaría de entre los muertos? La vida

cotidiana tiene el propósito de cultivar esta disposición de desprendimiento de cualquier posesión cuando Dios nos lo pida y esto incluye no sólo las personas que más amamos, sino también nuestra propia imagen y nuestro ego.

No es que nuestros objetos de amor especial sean malos o pecaminosos. Es más bien que los planes del amor de Dios para nosotros son mayores de lo que podamos concebir. Las Escrituras nos ofrecen algunos modelos de las actitudes de Jesús con el propósito de que las imitemos. Una vez que aceptamos en fe que Dios es pura entrega y amor, Dios levanta una pequeña esquina del velo que oculta al Misterio Supremo.

La Trinidad es el misterio de un amor que supera todo lo que podamos experimentar en esta vida, pero que es la fuente de todo lo que reconocemos como valioso en esta vida. En la Trinidad, el Padre entrega eternamente la totalidad de quién Él es al Hijo. Está siempre engendrando al Hijo, con todo lo que conlleva la realización de las infinitas potencialidades que están presentes y que permanecen ocultas en el Padre. Si el Hijo lo recibe todo y lo devuelve al Padre, parte de ese retorno consiste en manifestar el movimiento del don del amor divino en los asuntos humanos. La expresión de este sacrificio es la humanidad de Cristo.

No es nuestra salvación lo que es prioritario en la mente de Jesús, sino la revelación de la humildad y el amor del Padre, que le entrega todo al Hijo. El Hijo le devuelve toda la Deidad al Padre en el amor del Espíritu, que los reconstituye, por así decirlo, a medida que se vacían de todo lo que son y lo vuelven a recibir de cada uno de los otros. En Dios, conocer es *ser* el otro. Para Dios conocer algo es *ser* esa cosa, aunque no está limitado a nada en particular.

A medida que exploramos las profundidades de la Trinidad, empezamos a darnos cuenta de que todo está en Dios ya que, en última instancia, no hay nada más. Dios lo es todo. Por lo tanto, si nos convertimos en nada, (en ninguna cosa en particular: nothing), nos convertimos en todo por participación. Esta espaciosidad es característica de la experiencia de las etapas sucesivas de la contemplación.

La humildad de Dios es impresionante. Es como si Dios prefiriera no ser Dios. En la encarnación, el Verbo Eterno se vacía de lo divino y se vuelve uno con la forma más baja de vida inteligente que conocemos en este universo. Además, parece que Dios no está interesado principalmente en actos de gratitud o adoración. Esas prácticas

devocionales son para nuestro beneficio. Sólo necesita una cosa, nuestra disposición a ser amados infinitamente, no porque lo merezcamos, sino debido a nuestra desesperada necesidad y su infinita misericordia.

¿Qué hacemos a menudo cuando Dios parece tratarnos mal? Nos enojamos y sentimos que estamos siendo tratados injustamente. Job quería llamar a Dios a una especie de corte celestial y probar que era inocente. Un grupo de supuestos consoladores trataron de forzarlo a aceptar que el pecado era la causa de su sufrimiento, una noción muy popular en esa época. Job se negó a aceptar dicha explicación porque sabía que era inocente y era honesto. Así lo dijo y ésa fue su defensa. Su relación con Dios estaba destrozada, pero su relación previa, antes de que comenzaran sus grandes pruebas, estaba basada en su condicionamiento social y cultural, que juzgaba las acciones de Dios siguiendo criterios humanos y que era incapaz de comprender la altura, la longitud, la anchura y la profundidad del amor divino.

Desde el punto de vista de la justicia humana, Dios parecía ser injusto con Job. En el primer capítulo del Libro de Job, Dios afirma que Job es íntegro, pero Satanás lo desafía, diciendo "Él te sirve sólo porque lo tratas bien. Envíale algunas pruebas y verás lo que obtienes a cambio". (ver Job 1:10-11). Dios permite que Satanás actúe.

Dios utiliza la malicia de Satanás para llevar a Job a un nuevo nivel de percepción de lo que es la divinidad. No era posible que alcanzara esa relación sin que se hiciera añicos su idea de Dios, que lo limitaba a una cierta norma humana de justicia. La gente todavía sigue haciendo lo mismo. Dicen: "¿Cómo puede Dios tratarme de esta forma cuando trato de servirle? Trabajo muchísimo en varios tipos de ministerios, guardo todos los mandamientos, voy a la iglesia los domingos y vivo una vida de buenas obras. Visito las personas sin hogar y enseño la Oración Centrante. ¿Y qué recibo yo? ¡Una bofetada!"

Eso es más o menos lo que Job estaba sintiendo y expresando al perder toda su propiedad, reputación familiar y salud corporal. Incluso acusa a Dios de ser el asesino de los inocentes. Finalmente, Dios se le aparece a Job en un torbellino y le pregunta: "¿Dónde estabas tú cuando hice las estrellas y el océano y los animales?" (38: 1, 4ss). Al final del discurso de Dios, Job simplemente retira todas sus preguntas. La única respuesta a todas las preguntas acerca de Dios es Dios mismo.

Dios es puro amor, pero un amor que no es sentimental. Es un amor que trata de compartir un amor puro y desinteresado con pobres instrumentos humanos que no distinguen su mano derecha de la izquierda, pero que tienen el destino de participar en la vida divina. La actitud apropiada y la respuesta fundamental a Dios es el consentimiento, y no algún tipo de acción o logro.

El consentimiento es la base de la oración contemplativa y del método de la Oración Centrante. Es decir, cuando nos sentamos en oración centrante, en realidad estamos consintiendo a Dios y permitiendo que Dios sea Dios libremente en nosotros. Esta es la disposición básica para recibir la transmisión de la vida divina mediada a través de la actividad redentora de Cristo. No se limita a los cristianos, pues la actividad redentora de Cristo se extiende hacia el pasado y hacia el futuro para incluir a todos los seres humanos que han existido. También está disponible para todos a través de una variedad de canales fuera de la religión, incluyendo la naturaleza, la creatividad, el arte, el servicio a los demás, la ciencia genuina, el amor conyugal y otras formas. La religión sigue siendo, sin embargo, el mejor mensajero de la vida divina.

La disposición de Abraham de entregar lo que más amaba a petición de Dios, le permitió convertirse en el padre de las religiones abrahámicas: el islamismo, el judaísmo y el cristianismo. Lo que estas religiones enseñan esencialmente es la *aceptación de Dios tal y como Él es*. Le permitimos, a través de la vida diaria y el devenir de nuestras vidas, que nos lleve a una capacidad cada vez más profunda de entregar quiénes creemos ser y aceptar quienes somos en realidad.

La unión con Dios implica el abandono de la propia imagen *como un punto fijo de referencia*. Jesús se identificó con la condición humana y nos dio un ejemplo de cómo esta relación se puede desarrollar en la práctica. Las grandes figuras del Antiguo y el Nuevo Testamento son ejemplos de cómo ocurrió esto en vidas humanas que no estaban completamente poseídas por la vida divina. Esas personas eran solamente seres humanos y nos mostraron que es posible para todos manifestar la vida divina en la naturaleza humana de cada cual.

Mediante el sacrificio repetido de Isaac en nuestras vidas—de lo que más amamos—gradualmente dejamos ir nuestra propia imagen y permitimos que Dios sea Dios en nosotros. Nos preparamos para la entrega de nosotros mismos que culmina en el sacrificio de la vida misma en el proceso de morir. Este último no es el final del

camino, sino la plenitud del proceso transformador. En esta vida, la intensidad del amor de Dios es tan grande que "nadie puede ver a Dios y vivir". Vivir con su amor en la condición humana permite el despliegue del conocimiento de Dios al hacernos uno con Cristo.

En la tradición cristiana, la imitación de Cristo es el proceso por el cual conocemos a Dios haciéndonos Dios, en la medida de lo posible, así como el Padre conoce al Hijo haciéndose el Hijo. En la Trinidad, el Padre vive en el Hijo, no en sí mismo, y el Hijo en el Padre, no en sí mismo. Cristo se entrega totalmente al Padre, y al hacerlo manifiesta quién es el Padre. Como dice Jesús, "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan 14:9). En la pasión y vaciamiento de Cristo, vemos lo que el Padre está haciendo eternamente con respecto a la esencia divina. Él es la divinidad, en el sentido más pleno, cuando la entrega. La Trinidad es unidad infinita e infinita diversidad al mismo tiempo.

El Cuerpo Místico de Cristo nos comunica la mente y el corazón de Cristo, en el que no sólo somos uno con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sino que también somos uno con todos los otros en quienes mora y se despliega el mismo Misterio.

Cada vez que algo horrendo ocurre en nuestras vidas, la pregunta que debemos hacernos es: "¿Es este el sacrificio de Isaac que Dios me pide?" La disposición a sacrificarlo todo es parte esencial de nuestro camino espiritual y nos permite ser conformados a la Cruz de Cristo. El sufrimiento de Cristo en la cruz es la invitación suprema de Dios a entrar en la vida de la Trinidad.

EL PROCESO DE LA ORACIÓN CENTRANTE

Todo está arraigado en la Unidad última de la Trinidad. Todo sale de allí y regresa allí. Puede ser de interés abordar este misterio divino desde la perspectiva de la oración centrante. Eso nos daría la oportunidad de profundizar nuestra comprensión del progreso de la oración centrante a medida que se desarrolla en las etapas progresivas de contemplación y los niveles superiores de conciencia. “*Superiores*” no es exactamente la palabra correcta aquí, ya que sugiere un juicio, mientras que el nivel más alto de conciencia es sin juicio, no es ni alto ni bajo, ni a la derecha ni a la izquierda. Todo está incluido en la Unidad del Último Misterio. Todos, en la medida de nuestras limitaciones, accedemos a este Misterio que es *la* mayor realidad y, en cierto sentido, *la única* realidad. Todo lo demás se filtra a través de nuestra consciencia. Este filtro normalmente incluye los prejuicios de nuestro condicionamiento cultural y los sesgos de nuestros programas emocionales para buscar la felicidad.

Cuando iniciamos la oración centrante, estamos entrando en el proceso consensual de recibir a Dios en lo más profundo de nuestro ser y permitirle que nos ame según su voluntad. Nuestra penetración de esa presencia depende exclusivamente de Dios. Algunas personas penetran más que otras, pero todos la disfrutan hasta el máximo de sus capacidades. La Oración Centrante es un camino directo a la experiencia apofática de la contemplación en la tradición cristiana.

Cuando iniciamos la oración centrante, estamos entrando en el proceso consensual de recibir a Dios en lo más profundo de nuestro ser y permitirle que nos ame según su voluntad. Nuestra penetración de esa presencia depende totalmente de Dios. Algunas personas penetran más que otras, pero todas las disfrutan plenamente en la medida de sus capacidades. La oración centrante es un camino directo a la experiencia apofática de la contemplación en la tradición cristiana.

La oración centrante, si la haces con cierto grado de corrección, desestabiliza gradualmente el falso yo junto con sus síntomas. Estos síntomas son enumerados por

San Pablo: odio, celos, violencia, ira, ambición, división, envidia (Gálatas 5:20). El Espíritu Santo gradualmente trae a nuestra atención las consecuencias de nuestras falsas convicciones y comportamientos debido a las inevitables frustraciones de los programas emocionales para buscar la felicidad; no, por supuesto, para que los rumiemos o actuemos basados en ellos, sino más bien para desarrollar el hábito de dejarlos ir rápidamente.

El soltar no nos libera de las energías primitivas que heredamos de nuestros ancestros, ya sean humanos, animales o vegetativos. Es un camino hacia la libertad y hacia el despertar del verdadero yo, que es la imagen de Dios en nosotros revelada en el Génesis y una participación en la luz divina según el prólogo del Evangelio de Juan. El texto afirma que la Palabra de Dios que "alumbra a toda la humanidad, venía a este mundo" (1, 9). Es decir que, por el simple hecho de ser humanos, todos estamos en relación con la Eterna Palabra de Dios.

El término de Pablo para la Palabra Eterna es *Cristo*. De modo que, cuando la Palabra entra en la humanidad, toda la familia humana se convierte en el Cuerpo de Dios. Esta enseñanza está completamente desarrollada en la Epístola a los Romanos y en otras partes de las Escrituras.

Cuando nos disponemos a practicar la oración centrante, no nos limitamos a estacionarnos en un banco, un cojín o en el piso. Estamos sentados en Dios. Estamos sentados con nuestro falso yo y con nuestro verdadero yo. Al principio, nuestra principal experiencia es del falso yo, con su estruendosa andanada de pensamientos y tormentosos deseos. Éstos nos impiden experimentar los niveles más sutiles del verdadero yo.

Al practicar la oración centrante, esperamos poder manifestar menos síntomas del falso yo y sus frustraciones, y experimentar los síntomas del verdadero yo. Estos se resumen teológicamente en los Frutos y Dones del Espíritu, que son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, longanimidad, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio. Si experimentas un mayor amor por Dios sin buscar recompensa, ésta es la obra del Espíritu en ti. Es uno de los Frutos del Espíritu y una participación en la consciencia de Cristo.

En la habitación interior a la que accedemos a través del método de la oración centrante hay varios niveles del inconsciente. Uno es el ontológico, que incluye los Frutos y Dones del Espíritu y las virtudes teologales infusas, todos ellos destinados a transformar nuestro comportamiento y actitudes en la mente y el corazón de Cristo. Los Frutos y Dones del Espíritu son señales de que está ocurriendo ese proceso. Nosotros no los “hacemos”. Ellos nos “hacen,” en respuesta a nuestra creciente liberación de la camisa de fuerza del falso yo, con sus pensamientos y deseos que limitan, confinan, confunden y, a veces, atormentan. El falso yo tiene sus raíces en la ilusión, la idea equivocada acerca de nosotros mismos que surge, en gran parte, del período prerracional de la infancia y la niñez temprana. Los juicios sobre lo que está bien y lo que está mal a menudo nos son impuestos por la cultura en la que vivimos o por nuestra propia ignorancia. No representan la realidad tal y como es.

La omnipresencia divina significa que Dios está presente en todas partes y en todo lo que existe, puesto que nada puede existir si él no está presente. Toda criatura depende de él y de la evolución continua de la creación. Este no es un proceso que ocurre de una sola vez, sino que es algo que está sucediendo de momento a momento. Debemos pensar en Dios como en constante movimiento. Dios, de hecho, es actividad total y reposo total al mismo tiempo. Está en relación con todo lo que existe y, por lo tanto, conoce toda la realidad de principio a fin.

Al final de cada uno de los seis días de la creación, se describe a Dios diciendo que su obra era "buena", y después de crear la especie humana dijo que era "muy buena". Dios se deleita en sus criaturas, a pesar de sus múltiples faltas y limitaciones. Desde su punto de vista eterno, tanto la transformación definitiva de la humanidad como sus muy reales limitaciones están presentes para él.

Se nos dice que Dios, en el primer día de la creación, ordena: "Hágase la luz". Pero no se trata del sol, ni la luna, ni las estrellas. "Hágase la luz" es la luz creadora trascendente que está presente como la energía básica de todo lo que existe (ver Génesis 1:3). Todas las demás luces son secundarias comparadas con ésta. Esa luz es la fuente de la naturaleza espiritual de nuestro ser. Ésa es la luz que habita en nosotros como nuestra más íntima naturaleza espiritual, y ésa es la luz que nos juzgará en el momento que pasemos de esta vida terrenal. Nuestra propia luz interior

será nuestro juez y nos mostrará exactamente quiénes somos y el verdadero estado de nuestra relación con Dios.

Con el fin de prepararnos para ese momento y cultivar la luz, la práctica de relacionarnos con Dios a un nivel capaz de acceder a esa luz espiritual es un aspecto importante de la religión. La tarea fundamental de la religión es facilitarnos y apoyarnos en el camino hacia la luz que es sinónima del verdadero yo. El propósito de considerarla aquí es tomar consciencia de la altura, la longitud, la anchura y la profundidad del amor de Cristo al asumir nuestra naturaleza humana.

Las preocupaciones, distracciones, logros, ambiciones y otras actividades humanas son a menudo monumentales, asombrosos y aterradores. Y, sin embargo, comparados con el plan de Dios, no son nada en absoluto. La visión contemplativa percibe a Dios incluso en medio del desastre, la agitación o el fracaso personal. Nunca pierde la esperanza, porque su esperanza no se basa en los acontecimientos humanos sino en la bondad divina, que es infinitamente poderosa e infinitamente misericordiosa. La esperanza teologal hace que hasta el más grande de los pecadores sea candidato a la más alta bienaventuranza. A Dios le basta un momento para transformar a alguien, como en el caso del Buen Ladrón (cf. Lucas 23, 39-43).

La oración centrante nos introduce al movimiento de la contemplación. Nos sentamos a consentir y lo primero que hacemos es olvidarnos de todo lo que nos preocupaba. Cuando hemos practicado esto por algunos años, es posible que nos sintamos movidos a extenderlo a media hora, 40 minutos o incluso una hora dos veces al día. Cada uno se encuentra en un lugar diferente en su travesía espiritual, pero de vez en cuando es conveniente reflexionar sobre si la cantidad de tiempo que se dedica a la oración centrante es proporcional al monto de estrés, ansiedad y trabajo que tenemos que realizar. Se requiere equilibrio entre el silencio y la actividad. Esto no significa necesariamente un silencio total, ya que la acción también juega un papel esencial en nuestra transformación.

Hay que tener en cuenta la interacción entre los períodos de silencio y actividad más conveniente para nuestro estado de vida y nuestros deberes sociales. El tiempo dedicado a esperar por Dios, a atender a Dios, o a no hacer nada, no es tiempo perdido. Es cultivar la actitud de aceptación de todo nuestro ser. Nuestro ser más íntimo no tiene que probarse a sí mismo, porque ya es infinitamente amado. Al nivel

más profundo es libre, alegre, lleno de amor, de compasión y consciente de la unidad de todo lo que existe. Esto incluye la unidad de la familia humana y fomenta un sentido de responsabilidad por ella.

Somos individuos y seres sociales al mismo tiempo. En este momento, la sociedad occidental se ha movido hacia un marco de referencia muy individualista. Por eso, hay un movimiento que trata de recuperar la comunidad de diversas maneras. Siempre se ha entendido el valor de la comunidad, pero lo comunitario fue excesivamente enfatizado desde la Edad Media hasta la Ilustración, lo que condujo a la disminución de una proporción adecuada de respeto por el individuo. Eso llevó a la dominación de factores sociales, bien fueran políticos o eclesiásticos, sobre los individuales. Dios no sólo está llamando a cada individuo a una unión directa con Él, sino también a *entrar en comunión con todos los que están siendo llamados a lo mismo*, y a experimentar, hasta cierto punto, el hecho de que le pertenecemos a Dios y a los demás. De algún modo, es posible que nos sintamos llamados, a veces, a compartir las cargas de los demás, y eso incluye el daño psicológico que nuestro falso yo nos ha hecho.

El cuerpo humano contiene células que ya no son saludables. Las células sanas están destinadas a producir nuevas células para reemplazar aquellas cuya eficacia está disminuyendo. Cada célula del cuerpo tiene una misión. No es sólo una multiplicación interminable de formas simples de vida. Cada célula contiene el programa completo de crecimiento del organismo particular al que sirve.

El alma humana llena cada parte del cuerpo y le confiere su dirección y su forma. El Espíritu Santo, como alma del Cuerpo Místico, llena cada una de sus células con el ADN divino, de modo que cada célula contiene todo el programa de lo que se supone que sea el Cuerpo Místico. Pablo habla de la edad madura de Cristo, a la que llama el *pleroma*, cuando Cristo será todo en todos.

El primer paso de la oración centrante es la intención de sentarnos, dispuestos a ser transformados en la imagen divina que habita en nuestro interior. Cristo es el Hijo de Dios hecho persona humana y es la forma humano-divina de existir en el mundo. No alcanzamos eso dejando atrás a la sociedad o saltando desde un puente, sino sometiéndonos al movimiento tanto del bien como del mal que existe en cada uno de nosotros. No es que aprobemos el mal. Jesús simplemente enseñó: “No te resistas a quién hace el mal” (Mateo 5: 39). ¿Qué significa eso?

Como mínimo, aceptamos lo que es, y nos mantenemos abiertos a lo que el Espíritu pueda pedirnos que hagamos. No se trata de pura pasividad, sino de un desapego de la acción que sea una mera reacción a las circunstancias o a los males que se nos hacen. De ese modo, se nos capacita para dar pasos que corrijan ciertas situaciones a medida que van surgiendo. El discernimiento crece junto con la oración contemplativa. A medida que nuestra perspectiva de la realidad se purifica de las influencias del falso yo, tanto social como psicológico, comenzamos a hacernos sensibles a los movimientos del Espíritu en nuestro interior. La manifestación espontánea de la vida resucitada de Cristo en nosotros por medio de los Frutos y Dones del Espíritu y de las virtudes teologales brota de esta fuente. Nos entregamos a ellos, nos sometemos a ellos, o colaboramos con ellos a medida que van surgiendo en la vida cotidiana. Son sumamente prácticos, porque se extienden a los más mínimos detalles de la vida diaria. Por lo tanto, a Dios le interesa absolutamente todo lo que hacemos, y cada acción queda registrada. La realidad nunca olvida.

Todo lo que sucede es para siempre, puesto que es real. El que muere es sólo el falso yo. Ésa es una muerte feliz en Dios, porque es un movimiento hacia la verdadera libertad y la plenitud de la vida. Cuando dejamos pasar las preocupaciones, la oración se convierte en un ejercicio de simplemente ser. *Descansar en Dios* es el término clásico que se le ha dado. Descansar puede sugerir no hacer nada. Sin embargo, no es, *en realidad*, no hacer nada; es desprendernos de nuestros pensamientos y deseos para permitir que la acción divina actúe libremente en nosotros.

Abrirnos al Espíritu a través de la intención nos introduce en la habitación interior a la que se refiere Jesús en su máxima de sabiduría en Mateo 6:6. La consecuencia práctica de simplemente ser es que concluye nuestro interminable diálogo interior. Cuando entramos en la habitación interior a practicar la oración centrante, habiendo establecido silencio sobre lo que está pasando fuera de nosotros y en el ambiente en el que nos encontramos, dejamos de lado toda actividad mental. Pongamos una nota a la entrada de nuestra habitación interior que diga: "Suelta el diálogo interior", o, "Deja tu falso yo aquí". Yo añadiría: "No vuelvas a recogerlo cuando te vayas".

El falso yo se manifiesta mediante un flujo constante de pensamientos inapropiados, no deseados, locos u horribles. Pueden ser recuerdos, planes y deseos, y aquí el principio de no resistir al mal es muy importante. No te resistes al hecho de tener

pensamientos no deseados, y mucho menos luchas contra ellos. Además, no te preocupes porque todavía experimentas muchas distracciones después de tantos años de práctica de la oración centrante. La capacidad de rumiar, pensar o soñar despierto es infinita. La imaginación es una facultad de movimiento perpetuo; por eso, lo que en realidad estamos haciendo es reducir la energía que gastamos en perseguir falsas reflexiones, deseos y experiencias que surgen durante el período de oración.

No podemos entrar al estado contemplativo por nuestros propios medios. Sólo podemos reducir los obstáculos, y eso es lo que hacen los dos primeros pasos: el silencio exterior y el silencio interior. Estamos entonces al borde de ningún sitio en particular, lo que quiere decir que estamos en todas partes. El sonido del silencio es el hábito de escuchar y el entrenamiento de nuestra voluntad espiritual de permanecer en este simple volverse a Dios. Eso se puede hacer a través de varios símbolos, como regresar a la palabra sagrada, una mirada sagrada, o notar brevemente nuestra respiración. Estas son simples expresiones de la intención espiritual que mantiene nuestro consentir, o al menos nuestra voluntad de consentir, a la presencia y acción del Espíritu en nuestro interior.

Consentir a la acción de Dios en la vida cotidiana es consentir a lo que sucede. En nuestro compromiso en el bautismo nos unimos a Jesús en su bautismo o, mejor dicho, él se une a nosotros en el nuestro. Descendemos a las aguas bautismales, símbolo de la tribulación donde muere el falso, y salimos de las aguas de la tribulación por medio de la fe en su resurrección. El Espíritu de Cristo se convierte en el motivo principal de todas nuestras actividades.

Un elemento significativo es que cada aspecto de nuestra vida está incluido en nuestra percepción básica de Dios, de la Iglesia y de la vida espiritual. En un capítulo anterior, hablé de cómo José renuncia a sus dos ojos, aceptando volverse ciego a su visión original de la vida con María y Jesús. Su vida con María se vio trastocada por el misterioso embarazo de ésta. Más tarde, la desaparición de Jesús en el templo sin previo aviso fue un llamado para que José renunciara a su papel de padre según la costumbre judía. Él había aceptado formalmente esa responsabilidad, que concluyó cuando Jesús dijo que su padre era otra persona.

Si ésa es una interpretación correcta, puede significar que, para que nuestra visión pueda realizarse, es necesario renunciar a ella, o que, al menos, tenemos que estar

dispuestos a dejar que Dios haga algo distinto con ella. Como vimos, Dios a menudo reafirma la visión una vez que la voluntad de dejar ir está presente. En otras palabras, el *desapego* de nuestra visión es un factor importante para alcanzarla. No es nuestra idea acerca de ella la que la logra. Más bien, nuestra idea la obstaculiza. La libertad de aceptar la realidad tal como es y como sucede parece ser la experiencia transformante primordial de la travesía espiritual.

Tras establecer una práctica diaria de oración centrante y de adentrarnos en un silencio más profundo, en algún momento éste se vuelve habitual y es posible que podamos entrar de inmediato en un lugar de relativo silencio y paz. Allí, Jesús recomienda orar en secreto porque, "Tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará". La palabra "recompensa" tiene un significado mucho más amplio de lo que normalmente pensamos. Es mucho más que la retribución por un trabajo bien hecho.

En un par de versículos anteriores aparece la misma palabra cuando Jesús se refiere a ciertos fariseos que rezaban en las esquinas de las calles para ser vistos por el público y aplaudidos por sus buenas obras. En ese pasaje, la palabra *recompensa* se limita claramente a "han recibido su recompensa". *Recompensa* en Mateo 6:6 es una palabra hebrea diferente y, en sus raíces arameas, implica el pleno florecimiento de la naturaleza humana: la liberación de todos los poderes sobrenaturales que están presentes dentro de nosotros, y su culminación en un completo desarrollo. Por lo tanto, el texto hace referencia a tres o cuatro símbolos del proceso transformador y refuerza la promesa de transformación a la que el evangelio nos invita continuamente.

A través de la oración en secreto comenzamos a olvidarnos de nosotros mismos. Con el tiempo, nuestra disposición a aceptar la oración tal como es se basa cada vez más en la fe pura. Eso significa que Dios está presente, ya sea que lo sintamos ausente o presente. Esa percepción nos libera de ansiedades innecesarias y de expectativas equivocadas. Dios supera ampliamente cualquier experiencia de Dios que podamos tener. Y quizás por eso Jesús usa la palabra "secreto".

El silencio del falso yo aún puede incluir pensamientos, pero uno es consciente de no estar interesado en ellos y no los busca. A veces, la atracción por el silencio es tan profunda que no se tiene ningún pensamiento durante un cierto período de tiempo. Ese es el comienzo del despertar del verdadero yo. *La consciencia sin contenido particular es la oración contemplativa*. La consciencia que no es consciente de sí misma

es una experiencia aún más avanzada, que puede ocurrir a medida que la oración en secreto se estabiliza.

Jesús señala esto de forma general solamente, ya que puede manifestarse de muchas maneras, aunque siempre incluye los Frutos del Espíritu. Estos Frutos conducen a un aumento del amor desinteresado, la sensación de bienestar y alegría, el reconocimiento de que la experiencia es imposible de explicar y que todo está perfecto tal y como es. Esto último es una percepción que también afirman los budistas Zen cuando hablan de iluminación. La iluminación no significa que uno no sea plenamente consciente de que hay que hacer algo para corregir las injusticias y la violencia en el mundo, pero sin ansiedad emocional ni sufrimiento. Es compasión sin sufrimiento.

La sensación de bienestar y alegría también se expresa como una empatía capaz de percibir cada situación en toda su dimensión, incluso la necesidad de hacer algo sobre algún problema muy real, pero sin la compulsión de realizarlo nosotros mismos a menos que nos sintamos llamados por Dios a resolverlo. Estamos conscientes de la aflicción y nos identificamos con ella. Estamos dispuestos a sobrellevar sus cargas, aceptando interiormente los sufrimientos que puedan surgir en nuestro camino para beneficio de la redención de la familia humana: en otras palabras, permitimos que, de alguna manera, las energías divinas fluyan a través de nosotros hacia el resto del Cuerpo Místico, muy parecido a como las energías curativas físicas funcionan en el cuerpo humano.

Una vez que el silencio interior se establece bien durante la oración, el tiempo transcurre velozmente y surge la oración contemplativa en el sentido estricto antes mencionado. El ejercicio espontáneo de los Frutos y Dones del Espíritu y de las Bienaventuranzas en la vida cotidiana manifiesta también el despertar del verdadero yo. Es posible que aún continúen períodos de descarga y purificación del inconsciente. Todo esto puede ser redentor no sólo para nosotros, sino también para los demás. En otras palabras, a medida que nos mejoremos, todos los demás en el Cuerpo Místico mejorarán también. O sea, si podemos dejar de derramar las energías negativas de nuestro falso yo en el universo, el universo mejorará.

De hecho, mejora sin que pensemos al respecto. Esto no excluye la planificación y el uso de la tecnología para mejorar situaciones negativas, pero no existe la ansiedad que

a veces caracteriza a las personas bien intencionadas que quieren arreglarlo todo y aún no saben que ni siquiera pueden arreglarse a sí mismas. Ser un canal o un instrumento del amor divino es la mayor contribución que podamos hacer a la humanidad. Por eso, quienes trabajan para Extensión Contemplativa hacen más cuando son fieles a su práctica diaria, que los abre y los prepara para convertirse en canales del amor de Dios.

Resumamos lo que estamos tratando de hacer en la práctica de la oración centrante. Soltar nuestras circunstancias externas, simbolizado por la elección de un lugar solitario y la introducción del símbolo sagrado de nuestra intención, constituye la disposición que estamos cultivando, que podríamos llamar *aceptación*. La aceptación, sin embargo, puede ser vacilante a veces, como cuando es hora de orar, estamos inmersos en otras cosas y nos sentimos reacios a sentarnos. En ese caso, es importante que nos sentemos de todos modos.

Es decir, la aceptación no es todavía *consentimiento*, que da la bienvenida al tiempo formal de la oración por muy reacios que podamos sentirnos. La oración se ha convertido para nosotros en una necesidad. También conlleva una sensación de volver a casa, de experimentar lo más íntimo de nosotros mismos o, incluso, de descansar en el regazo de nuestro Padre celestial. El consentimiento tiene el elemento adicional de querer hacer la voluntad de Dios y de ignorar cualquier factor que pueda obstaculizar ese compromiso.

Eso coincidiría con el silencio interior, o el segundo paso, que es "cerrar la puerta"; es decir, cerrar la puerta a nuestro diálogo interior. Recuerda, la contraseña de acceso a la habitación interior es: "Detén el diálogo interior."

Independientemente de lo que te moleste, lo que estés pensando, los recuerdos que surjan, cuáles sean tus planes, éste no es el momento de pensar en ellos. Igualmente, no ofrecemos resistencia a la imposición o intrusión de pensamientos inapropiados o indeseados. Simplemente los dejamos venir y los dejamos ir. Algunas personas encuentran útil la imagen de botes flotando en la superficie de un río. O de estar en el fondo de un río mirando hacia arriba y viéndolos pasar. En cualquier caso, *los dejamos pasar a todos*.

No siempre estamos plenamente conscientes de nuestra intención, pero eso es algo que podemos cultivar mediante la oración centrante; de modo que a veces nos damos cuenta de que no estamos interesados en ningún pensamiento y que nuestra atención, por general que ésta sea, se encuentra integrada y enfocada. Es posible que pasen algunos pensamientos particulares, pero retroceden de nuestra atención y son fácilmente ignorados, como la música de fondo en un supermercado, de la que no podemos evitar estar conscientes, pero a la que no le prestamos atención.

La oración en secreto podría llamarse *quietud*. Este es el tercer paso. Corresponde a la recomendación de los Salmos: "Aquiétense y sepan que yo soy Dios" (Salmo 46, 10). Este es el lugar de la entrega y del regalo completo de nosotros mismos a Dios. Estamos comenzando a descubrir quiénes somos realmente. El verdadero yo se está manifestando a través de la experiencia de los Frutos y Dones del Espíritu que pueden surgir en esos dos primeros niveles, pero que se manifiestan con mayor claridad y frecuencia cuando se hace presente la sensación de quietud.

La quietud puede tener diferentes grados durante la oración formal. Uno consiste en períodos de consciencia sin contenido mental. El tiempo es la medida del movimiento; ésa es la definición clásica. Entonces, cuando nuestros ojos se vuelven hacia adentro, hacia el yo profundo, sólo se mueven los pensamientos. Cuando no hay pensamientos, no hay movimiento y, por lo tanto, no hay sentido del tiempo. Ese estado es una especie de anticipo de la eternidad, que no quiere decir un tiempo muy largo, sino que no hay tiempo.

Cuando suena la campana para terminar el período de oración es una sorpresa, porque cuando nos sentamos, ése fue el último pensamiento que tuvimos. ¡Ojalá pudiéramos estar siempre en ese espacio! Es sumamente refrescante. Salimos de él sintiéndonos energizados, amados y en paz; o percibiendo que todo está bien; o que incluso el peor de los problemas es secundario a la omnipresente presencia que todo lo abarca y que no tiene nombre ni forma y que es simplemente *presencia*. La contemplación puede desplegarse más allá de esa experiencia en lo que podría llamarse *consciencia pura*, que es una intensificación de la consciencia sin contenido.

Ese estado de pura receptividad es acogedor y permite que el Espíritu manifieste la verdad con más frecuencia en nuestras vidas. El verdadero yo comienza a ser una realidad para nosotros. Mientras tanto, debido a la vulnerabilidad que proporciona

esta oración, acogemos la descarga del inconsciente de experiencias traumáticas, almacenadas en el cuerpo desde la más tierna infancia, que necesitan ser evacuadas. Nuestras defensas se disuelven en este proceso, de modo que nada le impide al cuerpo, con su maravillosa capacidad de salud, evacuar los lodos emocionales de épocas anteriores. Lo hace a través del flujo de pensamientos no deseados. Los desechos emocionales son un bloqueo para la circulación de las energías corporales y espirituales y también bloquean la consciencia de los movimientos de la gracia que activan los Frutos y los Dones del Espíritu.

Vale la pena echar un vistazo de vez en cuando a los Dones del Espíritu, que son aspectos del verdadero yo; no tanto para ver si los estamos practicando, sino simplemente para estar conscientes de la dimensión del poder que Dios nos ha dado. En cierto sentido, *estamos sobrecalificados para el proceso de transformación*. La mayor parte de las personas piensa que, como se sienten indignos, eso quiere decir que no están invitados. La sabiduría divina, sin embargo, revela que es precisamente nuestra debilidad lo que le interesa a Dios más que cualquier otra cosa (ver 2 Corintios 12: 7).

Su deseo de sanarnos está en proporción directa a nuestra confianza en que, a pesar de todos los obstáculos en nuestras vidas y nuestros defectos personales, Dios se hace eco de nuestra buena voluntad básica y de nuestro anhelo de unión con Él. Nos damos cuenta de nuestro deseo cada vez mayor de estar unidos a Dios, de ser abrazados por Dios, o, para decirlo con aún más fuerza, de ser besados y absorbidos por el abrazo divino, como leemos en el Cantar de los Cantares: "Bésame con los besos de tu boca" (Cantar de los Cantares 1:2). Los místicos han entendido que la boca de Dios es el Espíritu Santo y nuestra boca es la voluntad espiritual. Cuando esta intención está completamente establecida, la voluntad siempre tiene la boca abierta, por así decirlo, para recibir cualquier alimento que Dios, como una madre-pájaro, quiera colocar en ella.

Ser todo boca en este sentido es estar totalmente dispuestos a ser penetrados y transformados por el Espíritu de Dios, de cualquier forma que nos sea posible, y eso incluye la voluntad de ser purificados de los desperdicios inconscientes de toda una vida. Cuando ocurren momentos de descarga, éstos pueden ser tan fuertes que nos resulte imposible acceder al silencio y la paz habituales durante la oración formal.

Quizá haya períodos en los que lo único que podamos hacer es soportar el aluvión de pensamientos y sentimientos que incluyen emociones primitivas provenientes de los primeros recuerdos o influencias culturales de la niñez.

La consciencia de Cristo, que es el pleno ejercicio del inconsciente ontológico, ahora se ha activado, con sus diversas capacidades, a través de las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad, y los Frutos y Dones del Espíritu. Estas disposiciones nos unen con Dios y con las personas, la naturaleza y el universo. Despiertan el sentido de pertenecer al universo y la necesidad de custodiar el reino animal, vegetal y mineral. Se entra en el mandato de Yahvé en Génesis de someter la naturaleza irracional (1:28). Esto no significa dominar. *Someter* es una palabra hebrea que significa introducirse y sostener algo desde abajo. La imagen proviene de la acción de pastorear. Por lo tanto, los seres humanos debemos ser buenos pastores del universo en todos sus aspectos, y cuidar a los animales y al resto del mundo natural como cuidadores amorosos.

Esta consciencia despierta al verdadero yo nos libera de nosotros mismos y del dominio de nuestras emociones. Esta consciencia no elimina nuestras emociones, sino que permite que las sintamos profundamente sin ponernos de mal humor ni provocarnos reacciones negativas. Por el contrario, las emociones se convierten en respuestas adecuadas a cada situación a medida que éstas se presenten.

En realidad, esta consciencia nos capacita para estar más comprometidos con el mundo y con los problemas de todos los que llegan hasta nosotros, sin ofuscarnos excesivamente y sin estar indebidamente preocupados por nada. Nuestra consciencia se arraiga en la misteriosa perfección de todo tal y como es. Es así como Dios percibe la realidad, puesto que él conoce a cabalidad su funcionamiento interno y su maravillosa resolución final.

El surgimiento de esta consciencia conduce a la etapa final, que podría llamarse—y tomo prestado el término de David Frenette—*contemplación encarnada*. Esto significa que encarnamos el estado contemplativo o el verdadero yo en nuestras vidas y actividades. Implica el pleno ejercicio de los Frutos y Dones del Espíritu tal como se manifiestan en nosotros.

Esta etapa nos quita la inquietud acerca de la cantidad apropiada de silencio y de actividad a la que estamos llamados. El Espíritu nos guía porque nunca estamos

realmente separados de Dios. Hemos penetrado el velo de los sentidos hasta el punto de que acogemos y amamos a Dios en cada criatura y en todo lo que sucede, e incluso en el sufrimiento, el dolor y la desilusión.

Cuando se establece esta consciencia, Dios ya no puede esconderse tras causas secundarias. La infusión del amor divino tiende a aumentar. Nuestras preocupaciones nos escudan de la intensidad del amor divino. A medida que ellas disminuyen, la intensidad aumenta. Entonces todo se hace por amor, y todo se convierte en recibir amor divino.

El curso de la oración centrante es hacia la integración del silencio y la actividad. Una actividad que no se basa en una confianza ingenua en nosotros mismos, sino que es una respuesta a la presencia y acción del Espíritu, que cada vez más es la luz que guía todas nuestras actividades.

PARTE III



CONSENTIR

A LA

TRANSFORMACIÓN

BAJO LAS CONDICIONES DE DIOS

En el 2009 exploramos juntos los niveles superiores de consciencia y destacué la importancia de no apegarnos a ningún intento de alcanzarlos. La transformación debe buscarse en los términos de Dios y simplemente estamos llamados a consentir al proceso. La última charla ofrecida en el 2009 fue sobre los arquetipos del desarrollo humano. Mucho se ha escrito sobre el tema, y los míos son simplemente algunos comentarios improvisados que sugieren un modelo adicional del proceso de transformación a los descritos en las grabaciones de La Travesía Espiritual, para ayudar a captar sus elementos comunes.

LA CRUZ DE CRISTO

En el diálogo budista-cristiano ocurren interesantes yuxtaposiciones de símbolos. Uno de los símbolos favoritos es el de Buda sentado en posición de loto. Esta postura expresa una actitud de completo reposo y ecuanimidad. La delicada sonrisa de sus labios proviene de haberse elevado por encima de todo sufrimiento. Es un símbolo fundamental de la realización humana y la iluminación.

Esta postura del Buda expresa su enseñanza sobre la integración humana, la liberación del sufrimiento y el logro de esa sublime ecuanimidad que los budistas dicen que ya está presente en todos, aunque simplemente no lo creemos. Esa negación se perpetúa en nosotros y es nuestro principal problema, ya que nos hace creer que estamos separados de Dios.

En este impresionante símbolo del Buda hay una expresión de completo logro del destino de todos los seres humanos y de lo que ya son. Fue al ver una estatua reclinada del Buda que Thomas Merton recibió el despertar que relata en su *Diario de Asia*.

Comparemos el rostro tranquilo del Buda con el rostro de Cristo en la cruz. Según la fe cristiana, Jesucristo no sólo alcanzó la iluminación total, sino que, en realidad, es uno con la naturaleza divina y está poseído por ella.

El rostro de Cristo es muy diferente a la sonrisa apacible del Buda. Sus labios están contraídos por el dolor. Su rostro es el de una persona que sufre una tortura insoportable y una agonía interior. Ha sido abandonado por todo apoyo humano, rechazado física y espiritualmente por la sociedad civil, las autoridades religiosas de su tiempo y por sus propios discípulos que huyeron del lugar.

Cristo en la cruz parece ser lo contrario del logro espiritual y, sin embargo, esta realidad se nos presenta como el centro mismo de la religión cristiana.

Estas imágenes representan la esencia de dos de las religiones mundiales más sofisticadas y parecen ser irreconciliables. Se cree que ambas son símbolos de la Realidad Última y, en un sentido muy real, no solo símbolos, sino la Realidad misma.

Si podemos mantener estos dos aparentes opuestos en una tensión dinámica, ¿cómo manifiesta Jesús en su sufrimiento y privación absoluta la misma Realidad Última que el Buda manifiesta con su sonrisa de suprema serenidad y absoluta plenitud?

Si Cristo en la cruz es la manifestación máxima de quién es Dios, tal como lo enseña la religión cristiana, entonces, ¿quién es ese Dios que no viene en ayuda de su Hijo, a quien ama más allá de todas las cosas? No hay respuesta en la consciencia racional al dilema de trascender el sufrimiento y, al mismo tiempo, sumergirse plenamente en él. La paradoja nos muestra que, desde la perspectiva de la consciencia más elevada, la muerte y la resurrección revelan una misma realidad. Al confrontar esta paradoja, se intuye el hecho de que Dios no puede manifestarse plenamente ni por medio de la muerte ni por medio de la resurrección, sino por medio de ambas a la vez.

“Si quieres salvar tu vida,” (refiriéndose a tu falso yo o ego) “te arruinarás a ti mismo. Pero si te conviertes en nada por mi causa, descubrirás quién eres” (Mateo 10:39).

Quiénes somos, entonces, no es quiénes creemos ser. No somos nuestro currículum. Quiénes somos no es el ego que tratamos de conocer si estamos pensando en hacer amigos o casarnos con alguien y deseamos saber qué los motiva. Quiénes somos ni siquiera es el verdadero yo, que es la imagen de Dios en nosotros.

Quién crees ser depende del énfasis que le des a cada una de esas palabras. ¿Quién eres tú? es tu currículum; ¿Quién eres tú? es tu ego, la personalidad que presentas al mundo; ¿Quién eres tú? es el verdadero yo, pero eso no es tampoco quién eres en última instancia. Los teólogos no han resuelto la cuestión. Los místicos han ofrecido algunas ideas al respecto. En cualquier caso, quien eres *tú* es a quien Jesús le está hablando.

"Lo descubrirás", dice Jesús, "si te conviertes en nada en particular", en una actitud no posesiva hacia todo, incluyéndote a ti mismo, la vida o la muerte, el futuro o el pasado, o cualquier categoría del continuo humano espacio-temporal.

Ésa es la experiencia que a Jesús le interesa transmitirnos, porque es la vida misma del Padre.

El Hijo eterno de Dios se ha hecho humano. Ese es el significado de la Encarnación. La misión principal del Hijo es revelar al Padre. Por eso los teólogos contemporáneos

se alejan de la idea de que fuimos redimidos pagándose por nosotros como se pagaba por los esclavos. La redención es algo mucho más profundo. Es la curación total de la naturaleza humana, con todas sus heridas resultantes de elecciones equivocadas a lo largo de la propia vida y de la evolución de la humanidad. Es el retorno a lo que realmente somos y la libertad de manifestar a Dios en cada detalle de la vida.

Lo que Dios parece estar haciendo es colocar la extraordinaria capacidad del ser humano para la unión divina en la situación más extrema para ver qué sucede. Esto tiene sentido una vez que captamos lo que Dios está haciendo todo el tiempo, que es entregarse totalmente en amor.

El misterio trinitario es la explicación de toda la realidad, que comienza con las personas eternas de la Trinidad. El Padre engendra al Hijo por toda la eternidad. Las infinitas posibilidades contenidas en el Padre se realizan en el Hijo. El Padre expresa todo lo que él es en el Hijo. Ese es un aspecto esencial del significado del sufrimiento. En la Trinidad, el sacrificio, que es otra palabra para hablar de rendirse y entregarse en amor perfecto, es una delicia. La bienaventuranza ocurre cuando no hay obstáculos por parte de un yo que se interponga en el camino.

El deleite de Dios es dar todo lo que Él es al Hijo. El Padre y el Hijo exhalaban una tercera persona, el Espíritu Santo de Dios, que es la quintaesencia de su amor mutuo. Viven el uno en el otro más que en sí mismos, siempre entregándose totalmente.

Supongamos, sin embargo, que el Padre envía al Hijo, que actualiza todas las potencialidades del Padre, a que entre en la creación y se haga partícipe de la situación humana, una de cuyas capacidades es la libertad de elección.

La revelación de Cristo es que "Dios amó tanto al mundo que envió a su Hijo" a manifestar la naturaleza divina en la forma más baja de inteligencia que conocemos en este universo (ver Juan 3: 16). Como dice San Pablo en Filipenses 2:6, la Palabra de Dios no consideraba ser *igual* a Dios como algo a lo que aferrarse. Dificilmente se puede llevar una actitud no posesiva más lejos. En otras palabras, el que todo lo es y todo lo tiene desea entregarlo todo. Esa es la revelación más extraordinaria de quién es Dios: amor no posesivo. En griego eso se llama *ágape* o amor puro, un amor que no busca recompensa y no tiene apego de sí mismo.

Cristo fue enviado por el Padre desde el mundo del amor puro y la no posesividad a un mundo de criaturas en evolución con todos los instintos animales que aún poseemos en nuestros cuerpos y cerebros.

El científico y paleontólogo Pierre Teilhard de Chardin enseña que la evolución biológica está llegando a su fin. Él creía que la evolución de la humanidad está cambiando su enfoque del desarrollo biológico del cuerpo y el cerebro humanos a la evolución espiritual de la consciencia. Es decir, la consciencia puede unir las relaciones quebrantadas de la familia humana al revelar sus raíces, unidad y destino común en una inteligencia superior a la consciencia racional y penetrada por el amor del Espíritu Santo. El Espíritu está tratando de manifestarse en una especie que, desde casi todas las perspectivas, es virtualmente lo opuesto a Dios. Esto nos recuerda el espíritu de aventura de Dios. Le interesa transformar a los personajes más inverosímiles. Al menos, él afirma claramente en el evangelio que "el Hijo del hombre ha venido a buscar lo que se había perdido" (Lucas 19: 10), es decir, a los que están totalmente arruinados, aniquilados y completamente abandonados.

El Hijo de Dios, según el evangelio, renunció a la felicidad, al poder y a la majestad infinitas para identificarse con la naturaleza humana sujeta al proceso evolutivo de la creación material. Las mismas palabras que usa Juan en el prólogo de su evangelio—"La palabra se hizo carne"—no se refieren principalmente a cuerpos físicos. Se trata de la naturaleza humana percibida como "caída," o quizá como "*no evolucionada*." Tal vez ambas sean ciertas, igual que la sonrisa de Buda y los labios torturados de Jesús son una misma realidad que se manifiesta a través de dos expresiones distintas.

El Verbo hecho carne es la desposesión de la gloria, majestad y dignidad que Cristo merecía como Hijo del Padre, para convertirse en esclavo, como decía Pablo (cf. Filipenses 2, 7). Por tanto, Jesús se identificó con nosotros en todos los niveles de miseria humana, incluyendo vivir y morir en un mundo repleto de las consecuencias del pecado mismo.

En cuanto a la pasión de Cristo, Pablo afirma que Jesús, el Cristo, se hizo pecado por nosotros (2 Corintios 5, 21). El precio de esa aceptación se revela en los relatos de la Pasión, especialmente en la agonía de Cristo en el huerto de Getsemaní, donde rogó al Padre no tener que pasar por la identificación con el pecado (ver Mateo 26: 36-46). El bautismo de Juan el Bautista fue un bautismo de arrepentimiento. ¿Por qué Cristo

buscó ser bautizado por Juan si no tenía pecado? Jesús descendió a las aguas del Jordán porque quería manifestar su identificación con la condición humana de debilidad y pecado. Entra en las aguas por nosotros y luego, impulsado por el Espíritu, se retira al desierto para experimentar la naturaleza cruda de la tentación y el pecado humanos.

¿Qué es esta naturaleza humana que Jesús tomó para sí? “Toda carne verá la salvación de Dios”, leemos en Lucas 3:6 e Isaías 40:5. ¿Qué es esta carne? Es un término que se refiere a la condición humana precisamente como “caída.” En las Escrituras, el concepto de “caído” aparece en la historia de Adán y Eva, en la que pierden su unión íntima con Dios cuando comen del fruto prohibido del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal.

Cuando esa disposición se enfrenta al hecho de que una especie animal evoluciona hacia la conciencia racional, nos encontramos ante un problema. Todas las criaturas sólo pueden ser imperfectas. Solo Dios es perfecto. Quizás Dios eligió la forma más baja de especie inteligente que conocemos para encarnarse porque quería desprenderse de su gloria en la mayor medida posible. En otras palabras, a Dios no parece importarle ser Dios.

Como Dios no puede morir y experimentar la nada de las criaturas, quiso convertirse en uno de nosotros para poder palpar de primera mano lo que significa identificarse con el dilema humano y experimentar la muerte.

En la historia de Adán y Eva, Dios los hizo partícipes de la naturaleza divina desde el comienzo de su existencia. Las Escrituras dicen que los visitaba todos los días al fresco de la tarde. Evidentemente tenían una relación maravillosa con Dios, pero él les advirtió, no coman del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, porque morirán (ver Génesis 2:17). El Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal es símbolo de la autoconsciencia. Comer su fruto trajo consigo la sensación de estar separado de Dios.

La tentación del demonio fue un golpe maestro. Es la mayor de todas las tentaciones. "No, no van a morir. Si comen del árbol, serán iguales a Dios, conociendo el bien y el mal" (cf. 3, 4-5). Así, la gran tentación en la que cayeron Adán y Eva fue querer convertirse en Dios según sus propios términos.

Sospecho que ésta es una tentación que casi todos los seres humanos experimentan en algún momento. Nuestro destino, según lo establecido por Dios, es convertirnos también en Dios. Es posible que no estemos abiertos a esa idea al principio, porque pensamos que podría significar la pérdida de nuestra propia identidad y de todos los esfuerzos por construir la idea que tenemos de nosotros mismos y que llamamos el ego.

Adán y Eva no pecaron por querer ser Dios, puesto que ésa era la voluntad de Dios para ellos y para toda la humanidad. Su error fue querer ser Dios *siguiendo sus propios términos*, mientras que Dios quería que se convirtieran en Dios *siguiendo los suyos*: es decir, dejando ir su sentido de ser un yo separado, así como del falso yo que eso genera.

Como seres humanos nos encontramos en la cúspide de un proceso evolutivo que culmina en una nueva forma de relacionarnos con la realidad, que es la autoconsciencia. Ésta no surge hasta alrededor de los seis u ocho meses de vida. Luego está sujeta a los programas emocionales para la felicidad, inventados para poder soportar el clima cultural en que nos criamos. Se desarrolla un falso yo, basado en la gratificación de nuestras necesidades de supervivencia y seguridad, poder y control, afecto y estima, más que en la experiencia de la Realidad Divina.

La ciencia ahora está descubriendo que el cerebro se está desarrollando de una manera que nuestros antepasados no podrían haber experimentado. No hay evidencia de que la evolución del cerebro vaya a detenerse. Si sobrevivimos como especie, parece haber un movimiento evolutivo o un impulso que nos mueve hacia el propósito final de Dios en la creación, que es compartir la vida divina con nosotros, no sólo individualmente, sino corporativamente como familia humana.

¿Cómo podría manifestarse una evolución posterior? Los maestros de las religiones del mundo han descrito su experiencia de ella, y Buda y Jesucristo la manifestaron cada uno en sus respectivas vidas. Pero lo que significa para nosotros, en este momento, es que estamos en un período de transición entre la consciencia animal y la transformación en seres humanos despiertos.

La religión está diseñada para guiarnos e introducirnos en esta consciencia plenamente humana y en lo que hay más allá de ella, que es la transformación de la consciencia racional en la consciencia divina.

La disciplina de la Oración Centrante nos enseña a consentir a este proceso transformante. Lo primero que tenemos que aceptar es la condición humana, que es nuestra experiencia personal de la debilidad de nuestra naturaleza. La respuesta adecuada no es la vergüenza o la culpa, sino la aceptación de nuestras limitaciones, sabiendo que esto es lo que atrae la misericordia divina.

Dado que Dios no puede dejar de ser Dios, su mejor opción para compartir su bondad infinita con nosotros parece ser hacernos partícipes de la naturaleza divina, en la medida de lo posible. Compartir la vida divina con cada criatura según su capacidad es la forma que tiene Dios de no ser Dios, una manifestación de su infinita humildad.

La cruz de Cristo es símbolo de la condición humana. Crucificados entre el cielo y la tierra, los seres humanos no podemos ascender por nuestros propios medios a la transformación divina y no podemos retroceder a la irresponsabilidad característica de nuestra naturaleza animal. Somos incapaces de encontrar la plenitud en los placeres del mundo natural y no podemos avanzar más allá de nuestra incompleta condición humana hacia la sabiduría a la que está destinada la consciencia mediante el proceso evolutivo.

Algunos se están humanizando, pero la mayoría aún no lo ha alcanzado. Más allá de ser plenamente humanos está la posibilidad de llegar a ser divinamente humanos, siguiendo el ejemplo de Jesucristo. En vista de todo esto, nos encontramos en un período de transición en la historia de la humanidad que difícilmente podría ser más doloroso. El proyecto de Dios es identificarse con los seres humanos “caídos” o “no evolucionados,” dependiendo de la explicación que se elija. La conclusión es la misma. No podemos hacerlo nosotros mismos.

Mirando el crucifijo, nuestro primer acto es la aceptación de dónde estamos, que consiste en ser parte del actual período de transición, posiblemente el más difícil de todo el proceso evolutivo.

La cruz sin el cuerpo es símbolo de la condición humana tal como la experimentamos ahora. Si nos fijamos bien, es la negación de nuestro yo.

Dios nos invita a aceptar ese proyecto, junto con todas las condiciones que resultan del proceso evolutivo. La conclusión práctica es que nuestra debilidad, culpa, vergüenza, desilusión o fracaso son parte de la condición humana. Aceptarlos es estar dispuestos a entrar en el significado de la Cruz. El proceso de convertirnos en no-yo, por así decirlo, es, al mismo tiempo, el proceso de unión con Dios.

NOTAS ACERCA DE LA UNIÓN DIVINA, LA UNIDAD Y MÁS ALLÁ

Hemos estado discutiendo el desarrollo total de la travesía espiritual, la unión divina y la unidad. Éste no sólo es un tema difícil, sino que es casi imposible de articular. Vale la pena mencionar que el vocabulario, al menos en inglés, está algo dominado por la terminología y la experiencia orientales. Por ejemplo, la discusión sobre la consciencia de unidad y la no dualidad no aparece en esos términos en la mayor parte de la literatura mística de Occidente.

Lo que se llama la etapa de consciencia de unidad es la experiencia permanente de ser uno con Dios. Es un estado de consciencia que está más allá de la reflexión. En otras palabras, es la desaparición del sentido del yo separado. Como resultado, la persona siempre está viviendo con Dios y en Dios. No se trata solamente de unión con Dios, ya que esto sigue siendo una relación consciente entre dos seres, por muy entregados que estén el uno al otro. La mayor experiencia de Dios es no tener ninguna experiencia, porque carecemos de las facultades capaces de percibir este nivel. La consciencia de unidad no depende de ningún signo o símbolo de Dios, ni de rituales o liturgias, porque, en cierto sentido, ella nos ha hecho uno con Dios; no se necesita nada más. ¿Hay alguna experiencia del yo a este nivel de unidad divina?

Quizás el místico alemán Meister Eckhart y las beguinas del norte de Europa en el siglo XIII sean los más explícitos sobre este tema en la tradición cristiana. San Juan de la Cruz parece insinuarlo, pero tampoco es demasiado específico. Santa Teresa de Ávila no se refiere a estas cosas, al menos no en el lenguaje que usamos hoy. Palabras tales como no-dual, nirvana, iluminación, hinduismo advaítico o Vedanta se están convirtiendo en términos familiares en Occidente para los que se encuentran en el camino espiritual.

Necesitamos ser conscientes de ellos si vamos a guiar a otros en el viaje espiritual. Hablamos sobre lo no-dual y hemos escuchado descripciones de este como "ni uno, ni dos", "ni esto, ni aquello". Estas son descripciones que surgieron en las tradiciones espirituales asiáticas. Es difícil para los cristianos creer que las personas puedan

adquirir logros tan elevados a menos que primero hayan interiorizado una enorme cantidad de gracia.

Pensar en los no-monoteístas como paganos o incluso semi-demoníacos no sólo es insultante, sino infantil. No reconoce los extraordinarios logros espirituales de nuestros hermanos y hermanas de las religiones budista, hindú, jainista, sintoísta y taoísta, que ahora nos desafían en cuanto a si existe algo comparable en las enseñanzas espirituales de Occidente. Estoy especialmente interesado en la conversación interespiritual, que es un desarrollo adicional del diálogo interreligioso y que discute la experiencia principal de la travesía espiritual y la consciencia transformante.

Las personas que se están acercando a esas áreas de evolución espiritual están teniendo un impacto en la sociedad, porque la energía que están canalizando es tan sublime que secretamente influye en eventos o decisiones sociales positivas en cualquier parte del mundo.

Un peligro en la discusión de estos ámbitos superiores del viaje espiritual es el hecho de que no sabemos cómo desearlos sin haber tenido alguna experiencia de ellos. Si deliberadamente tratamos de alcanzar esos estados o etapas, estamos en el camino equivocado, porque llegan como puro regalo de Dios y de la evolución espiritual.

Algunos han alcanzado una experiencia de despertar con muy poca preparación práctica o mental. Otros han tenido una experiencia significativa de Dios en la infancia para la que es imposible haberse preparado. Lo que ofrece la oración centrante es un plan y prácticas *para reducir los obstáculos a la acción transformadora de Dios en nuestro interior*. De hecho, existe un reservorio de personas ordinarias que han desarrollado una base en la comprensión conceptual, la práctica y el ritual que los ha dispuesto -cuerpo, alma y mente- a volverse sensibles a la gracia. Como dice Jesús, "El que tenga oídos para oír, que oiga" (Mateo 11: 15).

La oración contemplativa se basa en ese fundamento. Algunos grupos de la Nueva Era son ingenuos al tratar de lograr con sus propios recursos, a través de varios programas de autoayuda, los ámbitos más elevados de la consciencia transformada que, de hecho, son un puro don de Dios.

Estoy seguro de que al presentar el camino contemplativo a todos los que muestran un interés sincero, estamos respondiendo a la imagen y semejanza de Dios en ellos. Todo el mundo tiene el potencial, no sólo de volverse contemplativo, sino de completar todas las etapas del desarrollo contemplativo. Desde la perspectiva de la misericordia infinita de Dios, nadie es digno, pero todos somos elegibles e invitados.

Si no alcanzamos la transformación al final de nuestra vida, queda el proceso de morir para completarla, u otros programas que Dios pueda haber establecido. En su enseñanza, San Juan de la Cruz dice que la Noche del Espíritu es el purgatorio, y que, si has pasado por esa experiencia, no se requiere nada más a modo de purificación. Básicamente, la Noche del Espíritu nos libera del dominio de nuestras emociones, para que podamos liberarnos por completo de los programas emocionales para buscar la felicidad formados en la primera infancia.

También somos liberados de las falsas ideas de Dios que pueden entorpecer nuestra relación con él. Estas generalmente provienen de nuestra cultura y nuestra formación intelectual, incluso de nuestros roles o cualquier cosa con la que nos identifiquemos en exceso. Eso incluye nuestros pensamientos, personalidad, talentos, habilidades profesionales, ministerio e incluso nuestra religión. La Noche del Espíritu libera todo lo que representa una actitud posesiva, por medio de la purificación profunda del inconsciente.

La Noche del Espíritu es el don más grande que Dios puede otorgarnos, aparte de la propia visión beatífica. Si no pasamos por esa limpieza con suficiente profundidad, tendremos que desempolvar las alas después de la muerte en alguna situación de purgatorio. Una vez más, quiero enfatizar que no lo logramos por nuestro propio poder ni por ningún esfuerzo nuestro. Depende completamente de la voluntad de Dios y de su plan eterno para cada uno de nosotros.

Podríamos responder, ¿Es esto justo? ¿Por qué Dios no nos trata a todos por igual? ¡Dios nos trata a todos por igual! No hay acepción de personas en Dios. Es solamente que, para algunas personas, aún no es el momento para la gracia de la unión divina o no han tenido la adecuada preparación espiritual o fisiológica. Las energías espirituales que se liberan en la práctica contemplativa requieren una cierta disciplina del cuerpo y del sistema nervioso, para permitirnos soportar y manejar el inmenso poder de las energías transformantes.

El teólogo alemán Karl Rahner enseñaba que la naturaleza misma está llena de gracia desde esa perspectiva. Cualquiera, por el mero hecho de nacer, tiene la capacidad de abrirse a todo el abanico de la experiencia contemplativa, bien sea que se complete en esta vida o viendo a Dios cara a cara en la visión beatífica. Lo que importa, en definitiva, es que Dios va a tener éxito en sus planes de redención, pero siguiendo sus propios términos.

La vida se vive a sí misma, con o sin nosotros. Las experiencias de la vida cotidiana y de cada momento son relaciones e intercambios continuos con Dios. Lo divino se ajusta a cada criatura según su nivel de conciencia, justo dónde se encuentre.

El poder creativo de Dios sostiene cada forma de creación, comenzando con la materia misma y el mundo mineral, luego el mundo vegetal y animal, los mamíferos superiores y finalmente nosotros. Dios nunca está confundido acerca de cómo lograr sus intenciones. Incluso hechos que parecen ser desastres tienen influencias o efectos positivos que se nos ocultan.

Tomemos, por ejemplo, el horrendo Holocausto y los genocidios de varios tipos que se multiplicaron en el siglo pasado y que aún continúan en algunas partes del mundo. ¿Cómo podría salir algo bueno de ellos? Sanar esa situación es precisamente la obra que Dios nos ha encomendado como cocreadores de la sociedad. Para eso existe la libertad humana.

Elegir entregarnos a Dios en cualquier circunstancia en la que nos encontremos es un evento transformante. A medida que avanzamos en el camino espiritual, no podemos reclamar como un derecho los estados trascendentes de unión y unidad divina. Eso depende de lo que Dios considere ser bueno para nosotros y de cuál es nuestra vocación particular.

Es importante no tener una actitud egocéntrica o ambiciosa hacia etapas superiores de conciencia. Supongamos, por ejemplo, que todos llegan al cielo antes que tú y que eres la última persona en la fila de espera. No importa para nada. Lo que importa es la voluntad de Dios, como dijo un rabino brillante y místico en una conferencia sobre la transformación: "Se trata de *estar ahí sin llegar ahí*".

Cualquier cosa que queramos conseguir es casi seguramente un proyecto del falso yo. La *receptividad* es más importante que la acción porque *ser* es más importante que

hacer. El proceso se completa, sin embargo, hasta que podamos ser contemplativos y activos al mismo tiempo. Dios siempre está en reposo, pero también sosteniendo trillones de situaciones y proyectos de todo tipo. Nos hacemos como él uniendo la contemplación y la acción a medida que se desarrolla nuestra evolución espiritual.

Estar presentes al momento presente, al trabajo que estamos haciendo, a las personas con las que estamos hablando o a cualquier ministerio en el que estemos comprometidos, es señal de que la gracia está obrando en nosotros. Llevarnos a la unión divina y más aún al estado de consciencia unitiva depende de Dios. Como se mencionó anteriormente, es un error creer que podemos obtenerlo por nuestros propios esfuerzos, por más generosos que éstos sean. Por eso, cuando presentamos enseñanzas sobre niveles superiores de consciencia a personas que apenas inician el camino espiritual, corremos el riesgo de que comiencen a tratar de abrirse camino por su cuenta.

Los pelagianos eran un grupo de cristianos primitivos que pensaban que podían lograr los estadios más altos de la travesía espiritual por sus propios medios. Los jansenistas repitieron el mismo error siglos después. Para destacar el plan divino una vez más: Dios quiere llevarnos a la más profunda participación en la naturaleza divina que es posible para los seres humanos, pero en sus propios términos. Los nuestros son proyectos del falso yo y no van a funcionar. No es una cuestión de personalidad o de engrandecimiento personal. Para resaltar este hecho, podemos decir que a Dios no le importa en lo absoluto la adoración ni nuestras buenas obras. Ya tiene todas esas cosas. No hay nada que podamos darle. Es para nuestro propio beneficio que Dios nos llama a la adoración y a la acción de gracias, porque tenemos una profunda necesidad de alabarlo y agradecerle.

Lo único que podemos darle y que nadie más puede hacerlo, es *permitirle que nos ame*. Puede sonar fácil, pero es el trabajo más difícil de todas las tareas de la vida.

Permitirle a Dios que Dios nos ame, bien sea como individuos o como especie, ser objetos del amor infinito, es una responsabilidad impresionante. En cierto sentido, es no hacer nada y hacerlo todo al mismo tiempo. La efectividad sin esfuerzo de nuestro servicio surge de la entrega total de nosotros mismos. Llega un momento en nuestra travesía espiritual en el que cuanto menos hacemos nosotros, más hace Dios.

Lo que hacemos en el proceso de transformación no es realmente nuestro trabajo. Más bien nos damos cuenta de que es la energía divina la que opera en nuestro interior como un instrumento o como un canal, y eso es lo que resulta efectivo. Nuestra capacidad para recibir esa energía y compartirla es mucho más poderosa que cualquier iniciativa meramente personal. Al principio tenemos que esforzarnos mucho en nuestro crecimiento espiritual, sólo para descubrir que el esfuerzo humano no funciona.

La sabiduría de los Doce Pasos de los Alcohólicos Anónimos ha captado la esencia del camino espiritual cristiano mejor que cualquier otra expresión en nuestros tiempos. Se comienza en el Paso Uno con la convicción de que la vida se ha vuelto ingobernable. Tan ingobernable que, en el caso de los alcohólicos, conducirá a la muerte, a menos que se comprometan con el remedio de una práctica de AA. Todo tipo de adicción es paralizante y necesita la ayuda de una comunidad que apoye el proceso de curación.

Es precisamente en el grado en que reconocemos que no podemos hacerlo por nosotros mismos, que percibimos cuán desesperadamente necesitamos que Dios lo realice por nosotros y en nosotros. La entrega a Dios entonces se vuelve eficaz. Para los cristianos en el camino espiritual, la Noche del Sentido nos introduce a ese ritmo. No logramos mejorarnos por mucho que nos esforcemos. La respuesta adecuada se hace evidente: entregamos completamente nuestra vida a la misericordia de Dios.

Los pasos sexto y séptimo son cruciales en el programa de AA. En el quinto paso, se hace un inventario de todas las faltas con todo detalle y se las revela al padrino que se ha elegido y que tiene experiencia en el camino de AA.

Uno pensaría que el siguiente paso sería: "Por amor de Dios, ¡haz algo al respecto! ¡Deja de cometer todas estas faltas que te están matando!". Pero ése no es el sexto paso. El sexto paso es *estar dispuestos a que Dios nos quite nuestras faltas*. Por lo tanto, estamos completamente convencidos de que no podemos hacerlo por nuestra cuenta. Nuestra práctica principal en este paso es estar dispuestos a que Dios nos quite las faltas. No estamos listos para orar por que Dios nos las quite, hasta que estemos realmente *dispuestos*, y eso es lo que causa la demora. Tenemos apegos profundos e inconscientes a nuestras faltas y éstas, en realidad, nos gustan bastante.

El próximo paso es orar por que Dios *realmente* se las lleve. Estar dispuestos a ser sanados es el objetivo principal del sexto paso. San Agustín, en sus primeros días de conversión, le confesó a Dios: "Deseo volverme casto, pero no todavía". Ese es un buen ejemplo de la situación. En cualquier caso, llegar a allí no se consigue tratando de hacerlo. La única manera de llegar allí es *estar* allí. Y sólo puedes ser puesto allí mediante la acción amorosa de Dios, que todo lo perdona.

En su conocido artículo "Sobriedad emocional", escrito en sus años de madurez, Bill W. afirmó que había aprendido que no se lograba la sobriedad simplemente evitando el alcohol. Solo podía lograrse profundizando en la *raíz* del problema del alcoholismo y alcanzando la estabilidad emocional. Entonces ya no se está dominado por ningún deseo, adictivo o de ningún otro tipo.

Hay que hacer esfuerzos, por supuesto, pero no tendrán éxito. En definitiva, el mejor esfuerzo es ningún esfuerzo. Es ser totalmente receptivos. Pero eso no quiere decir que no intentemos colaborar con la acción divina y con la vida a medida que ésta se desarrolle. Simplemente no dependemos de nuestras buenas obras para llegar allí. Reconocemos cada vez más la ambigüedad de nuestras motivaciones y la influencia del falso yo, incluso en la realización de obras buenas. El esfuerzo es importante al principio, pero en algún momento ocurre un cambio significativo en la oración centrante y las prácticas meditativas similares. A medida que depositamos toda nuestra confianza en Dios, la oración deja de hacerse con esfuerzo. Según San Juan de la Cruz, la oración contemplativa es totalmente receptiva.

La efectividad sin esfuerzo se basa en una gran confianza en Dios, aprendida por medio del crecimiento de nuestra consciencia y la aceptación del hecho de que no podemos llegar a ningún lugar por nuestros propios medios. El sentimiento de impotencia se hace cada vez mayor. No hablamos aquí de baja autoestima, de alguna patología o del período de la adolescencia, cuando es necesario desarrollar un ego fuerte para hacer frente a la vida ordinaria.

A medida que envejecemos, agotamos los diversos arquetipos del crecimiento humano correspondientes a nuestra época de adolescencia. Los arquetipos contienen mucha sabiduría, según se presenten y cómo los entendamos.

La integración de todas las capacidades de la naturaleza humana contribuye al tipo de simplicidad de la que hablamos aquí. Cuanta más experiencia tengamos de la actividad de Dios, más probable será que lleguemos a la unión divina. Dios no es una sola cosa, sino posibilidades infinitas.

Un ejemplo interesante que nos brinda la evolución acerca del mundo animal es que no sólo ciertos animales desarrollaron una maravillosa capacidad para defenderse o para conseguir alimento, como el tigre dientes-de-sable. Fueron las especies menos diferenciadas las que continuaron evolucionando hacia especies superiores y, finalmente, hasta nosotros. A través de la naturaleza, Dios parece estar diciendo: "Cuido de trillones de especies diferentes y voy a poder proveer para ti".

Cuando aspiramos a la unión transformante e incluso más allá de ella, debemos dejar en manos de Dios la decisión de alcanzar o no la iluminación en esta vida. Él no quiere que deseemos la iluminación porque, como vimos, podemos caer en la tentación de buscarla en nuestros propios términos. ¡Dios simplemente insiste en sus términos para la transformación, porque son los únicos que funcionan!

La sensación de impotencia es quizás nuestro mayor tesoro, siempre que no nos abrume. En la Noche del Espíritu, podemos sentirnos a veces suspendidos sobre un abismo de nada, sin nada que nos sostenga en pie e incapaces de protegernos de las olas de angustia, humillación o dudas interiores que se abalanzan sobre nosotros como maremotos. Ésa es una participación en el misterio del descenso de Cristo a los infiernos. Como escribió el teólogo suizo Hans Urs von Balthasar, ése es el momento preciso de la redención del mundo.

Cuando nos sentimos totalmente abrumados por nuestro pecado o por la experiencia del abismo, estamos más cerca de Cristo. Habiendo probado la debilidad total, estamos preparados para recibir todo como puro regalo.

Dentro de la experiencia de nuestra nada está la realidad de la transformación. Justo más allá de lo que pensamos o experimentamos como insoportable está la experiencia de libertad interior y la bienaventuranza. La muerte no es el final de la vida, sino el canal de nacimiento a la vida eterna. La experiencia de nuestro vacío no es una aniquilación, sino la muerte del falso yo y la resurrección a la vida eterna y la unión divina.

EPÍLOGO

ARQUETIPOS DEL DESARROLLO HUMANO

La psicología del desarrollo no explica totalmente la travesía espiritual, aunque es una gran herramienta. Hay que añadir la dimensión espiritual de la vida para que el autoconocimiento sea completo. Los llamados arquetipos son otra forma de entender el desarrollo humano. Los arquetipos son una intuición del psicólogo suizo Carl Jung. En su opinión, son patrimonio de toda la familia humana, ya que aparecen en casi todas las culturas conocidas del mundo *en un cierto orden*. Si nos saltamos uno de los arquetipos, el Terapeuta Divino puede llevarnos de regreso para completarlo. Para poder comprender e integrar completamente al camino espiritual las cualidades especiales de cada uno de ellos, necesitamos encontrar y pasar, hasta cierto punto, por todos los arquetipos.

El Huérfano.

El arquetipo del huérfano manifiesta profundas necesidades de seguridad y supervivencia. Al principio, un niño depende completamente de los demás, especialmente de los padres, para sobrevivir día a día, hora a hora y momento a momento. Esta impotencia puede expresarse con gestos que suplican ayuda, como "*por favor, cuidame,*" lo que implica "*no soy capaz de cuidar de mí mismo*". Esta inercia paralizante puede conducir a una personalidad pasiva y dependiente, que suele ser resultado de la opresión por parte de padres, maestros o influencias culturales dominantes o estrictas, o de tener que competir por el afecto y la atención en un orfanato o una familia sustituta. El rechazo o la opresión prolongados llevan al niño a sentirse no querido, sin amor y sin valor, encerrado en una baja imagen de sí mismo y temeroso de cometer errores. El huérfano se centra en la gratificación de su programa emocional de seguridad y supervivencia.

El Guerrero.

Ser un guerrero era muy apreciado en los tiempos patriarcales por los deseos de luchar por sí mismos y lo que percibían ser los derechos de los otros. Los guerreros tienen un ego fuerte. Les encanta competir y hacer olas en la sociedad. Disfrutan ganar y el placer de dominar las situaciones y a los demás; desprecian la debilidad tanto en sí mismos como en las otras personas. Están dispuestos a luchar por lo que

ven como causas dignas. Odian la derrota o el fracaso, especialmente ante sus propios ojos. Dependen de la energía de la ira, que les permite perseverar en la búsqueda del bien difícil, para superar cada signo de cobardía en sí mismos y para defender las causas especiales que puedan haber abrazado. El Guerrero se centra en su programa emocional de poder y control.

¿Será innato en la naturaleza humana el deseo o la voluntad de matar? El poder de vida y muerte sobre otra persona es el máximo símbolo de dominio sobre los demás. El mecanismo del chivo expiatorio alivia los sentimientos de culpa que surgen de matar o querer matar, pero no elimina esos sentimientos negativos.

Históricamente, la principal manera en que los hombres se probaban a sí mismos era en la batalla. Hoy en día, la energía del Guerrero se manifiesta por medio del deseo de tener éxito (altos logros) y la imitación de modelos en el campo atlético, la escuela y la prominencia en el lugar de trabajo. La integridad, para el Guerrero, puede expresarse por medio de la insistencia en mantener su palabra, sin importar lo que le cueste a él o a los demás.

En la actualidad, con las armas nucleares amenazando la supervivencia de la civilización tal como la conocemos, la guerra ya no puede usarse, como en el pasado, como un rito de paso a la edad adulta. Los arquetipos son formas siempre presentes, pero su expresión particular está moldeada por el nivel de consciencia de un momento histórico y de una cultura en particular.

El Mártir.

El mártir, como víctima o altruista, es un arquetipo que la cultura occidental ha considerado en el pasado ser dominio tradicional de la mujer. Características frecuentes: servir a los demás o a alguna causa, aún cuando esté más allá de las propias fuerzas; tratar de complacer a todos y nunca desagradar a nadie; sacrificarse, incluso hasta el punto de la muerte; sentirse obligado interiormente a sobrellevar las cargas del mundo. Otros síntomas pueden ser: nunca quejarse; practicar una obediencia incondicional y ciega a los superiores religiosos; soportar interminables críticas injustas y ser excesivamente leal a una causa o una identidad de grupo que se defiende incondicionalmente, como el patriotismo, la religión o la familia.

Las personas suelen tener una fuerte tendencia a ajustarse a las normas aceptadas de su sociedad o del grupo con el que más se identifican. El Mártir es reacio a aceptar ayuda y rara vez puede rechazar las solicitudes que se le hacen o es capaz de decir que no.

En nuestro tiempo, la psicología ha identificado el arquetipo del Mártir con la patología. Ahora es socialmente inaceptable en Occidente como un ideal.

El Viajero.

El Viajero es ejemplificado por la vida del Buda histórico, que se crió en un hogar rico y noble, cuidado desde la mañana hasta la noche y disfrutando de todos los placeres sin ninguna responsabilidad. Estaba siendo preparado para gobernar el castillo o el feudo después que sus padres se retiraran o fallecieran.

Entonces, todo en el mismo día según la tradición, el Buda se encontró con un cadáver, una persona anciana y alguien muy enfermo—cosas que nunca había presenciado en su vida—y eso lo horrorizó. Decidió renunciar a la búsqueda del placer y se unió a un grupo de ascetas en el bosque cerca de su casa. Allí vivió una vida de intensa disciplina ascética durante varios años.

Ningún estilo de vida le trajo la felicidad. Desilusionado de la vida de lujo, así como de la vida de ascetismo extremo, salió del bosque, se sentó bajo el árbol del Bodhi y se dedicó a *simplemente ser*. Luego recibió una de las más grandes iluminaciones religiosas de todos los tiempos. Pasó el resto de su vida enseñando lo que él llamó el Camino del Medio, junto con las Cuatro Verdades Nobles y el Camino Óctuple de la práctica budista.

El Viajero es alguien que no ha encontrado la felicidad como Huérfano, Guerrero o Mártir. Sale a experimentar, a ver el mundo y dejar atrás la seguridad del hogar y la familia, el campo deportivo, el grupo de amistades y la moralidad convencional de la cultura local. Algunos comienzan este peregrinaje en la adolescencia. Otros lo persiguen por la mayor parte de sus vidas o por tanto tiempo como puedan. Los que no pueden viajar pueden expresar este arquetipo uniéndose a grupos de autoayuda o probando diferentes técnicas de meditación, diversas religiones o ninguna religión. Su trashumar errante surge del deseo general de encontrar su verdadero yo o de experimentar la independencia completa como un ideal. Algunos pueden estar

buscando genuinamente la verdad. Este arquetipo atrae y absorbe a las personalidades aventureras y una de sus manifestaciones puede incluir la promiscuidad sexual por algún tiempo.

El Mago.

El Mago ha probado y experimentado los arquetipos iniciales y está listo para ir más allá de ellos al nivel racional de consciencia, lo que implica graduarse de todos los arquetipos anteriores que se encontraron deficientes. Esto significa, igualmente, moverse más allá de la adolescencia y hacia la edad adulta. Los instintos inferiores están ahora integrados, hasta cierto punto, en las facultades específicamente humanas del intelecto y la voluntad. Las facultades de los sentidos están diseñadas para ceder el camino de la toma de decisiones a los poderes racionales. No rechazamos los valores positivos de los arquetipos anteriores, pero ahora estamos abiertos a un mayor desarrollo de las capacidades espirituales del organismo humano y del cerebro en evolución.

Ahora también estamos listos para comprometernos con objetivos a largo plazo, asumir la plena responsabilidad de nosotros mismos y de nuestro comportamiento, y para comprometernos al servicio de los demás. Esto idealmente se supone que ocurra alrededor del vigésimo primer cumpleaños, pero hoy en día se retrasa debido a que la adolescencia se prolonga cada vez más. Asumir compromisos permanentes antes de que esta etapa esté bien establecida puede llevar al fracaso y a hacer más daño que bien, tanto a la persona misma como a la vida de los demás.

Las virtudes morales naturales e infusas pueden hacer su aparición a medida que este arquetipo evoluciona:

- a) La prudencia es dar los pasos adecuados que conduzcan a la toma de decisiones.
- b) La fortaleza (valentía) es perseverar en el bien difícil de lograr para alcanzar las metas.
- c) La justicia es dar a cada uno lo que le corresponde.
- d) La templanza consiste en moderar los propios deseos y energías emocionales e instintivos.

También pueden surgir ocasionalmente las señales de los Frutos y Dones del Espíritu. Éstos nos permiten reconocer y aceptar la verdad sobre nosotros mismos y sobre los demás. Ser honestos y abiertos al momento presente nos hace profundamente vulnerables. La integridad personal requiere ir más allá de la sobreidentificación con alguno o con la totalidad de los arquetipos.

El Santo.

El Santo es un alquimista en el sentido medieval del término, alguien que transforma el mundo transformándose a sí mismo. El Santo también es llamado el Mago por algunos autores. Es la persona que cumple continua y fielmente los deberes de su estado de vida.

El Santo es capaz de enseñar el camino de la transformación, pero aún no puede transmitirlo a los demás. Enseña con su ejemplo. La acción divina es muy poderosa en ellos. Son estudiantes avanzados de la ciencia del amor y siguen progresando en los refinamientos y la creatividad del amor.

Todos los demás arquetipos, excepto el del Sabio y el Rey o la Reina, están ahora integrados. Los Santos viven la vida humana de una manera divina, motivados cada vez más por el amor divino, que no busca recompensa. Para ellos, amar a Dios es su propia recompensa. No se acuerdan de los programas emocionales del falso yo para buscar la felicidad, y están conscientes habitualmente de estar en unión con Dios. También perciben su unidad con toda la creación, especialmente con las otras personas. Ésta es la vida plenamente cristiana y la muerte del sentido del yo separado. Este último podría describirse como "ningún punto fijo de referencia".

Los Santos son movidos por los Frutos y Dones del Espíritu más que por sus egos. No están demasiado apegados a nada. No son posesivos de sí mismos, de sus talentos, ni incluso de sus experiencias de Dios. Cristo vive y actúa en ellos y derrama el Espíritu en ellos ininterrumpidamente. En el sentido más profundo, Cristo es ellos y ellos son Cristo. Este arquetipo marca el regreso a la inocencia, cuyo símbolo bíblico es el Jardín del Edén. Quienes han llegado a esta etapa, experimentan la bondad del universo y las personas, mientras crecen en la contemplación y maduran como seres humanos.

El Santo está listo para contribuir a la transformación de la sociedad. Ya no hay nido ni nicho donde esconderse, esperando que el líder del grupo lo decida todo. La integridad personal requiere asumir responsabilidad propia y vivir bajo la influencia y guía del verdadero yo.

La tarea del Santo es traer paz y nueva vida a sus culturas heridas. Los síntomas del verdadero yo están bien desarrollados en esta etapa arquetípica, especialmente a través del ejercicio de los Frutos y Dones del Espíritu. Estos últimos, en la tradición cristiana, son manifestados en las Bienaventuranzas. El Don de Consejo, por ejemplo, realiza la virtud infusa de la prudencia y dirige todas las acciones en gran detalle. Se comienza a aceptar y amar la propia debilidad y, al mismo tiempo, a depositar toda la confianza en la gracia sanadora y transformadora de Dios. La sincronicidad se convierte en una expectativa frecuente, a medida que se trata de resolver los detalles de la vida y tomar decisiones bajo la guía del Espíritu. En cualquier tipo de servicio o ministerio, se comienza a percibir la importancia del momento preciso. El Santo ha aprendido a esperar en Dios (cf. Isaías 30, 15).

El Sabio.

El Sabio es una persona que emerge como un crecimiento posterior del arquetipo del Santo. Las personas altamente evolucionadas tienen el Don de Sabiduría, que comparte sus inspiraciones tanto con el intelecto como con la voluntad y unifica todas las potencias del continuo humano de cuerpo, alma y espíritu. Los Sabios también se sienten uno con Dios, con toda la familia humana y con toda la creación. Son como los monjes descritos en la espiritualidad del desierto del siglo 4, "separados de todo y unidos a todo". En otras palabras, se han convertido en uno con todo lo que es. Al convertirse en nada —desapegados de toda posesión, incluso de sus dones espirituales— se han convertido en todo. Ahora pueden transmitir la vida divina tanto por su simple presencia como por medio de su enseñanza.

Los Sabios pueden dejar atrás los aspectos meramente culturales de su religión sin rechazarlos. Ya no dependen indebidamente del ritual y prefieren el silencio a las palabras para relacionarse con Dios. Se han vuelto uno con la Unidad a la que apuntan todas las prácticas religiosas: la vida en el momento presente y la comunión con la presencia continua y consciente de Dios en ellos y en toda la realidad.

El Rey o la Reina.

El Rey o la Reina suelen vivir un período de soledad prolongada e intenso silencio, tras el cual regresan al mundo exterior y enriquecen a muchos. No sólo son maestros, sino que transmiten libremente la experiencia de lo que enseñan. Son pacificadores, mediadores entre Dios y la comunidad y sacerdotes en el sentido más completo del término, capaces de inspirar y capacitar a las personas con las que se encuentran para que sirvan a Dios y a los demás. No gobiernan por la fuerza, sino que su misma presencia transmite autoridad. Poseen la presencia divina sin ninguna actitud posesiva y, de ese modo, comunican a Dios apropiadamente en cada situación. No son dominantes ni autoritarios. Al manifestar a Dios como siervo de la creación, se convierten en ejemplos de lo que realmente es el liderazgo de servicio.

El Rey o la Reina lideran sin liderar; han perdido su yo individual como puntos fijos de referencia. Han experimentado la integración de todos los arquetipos. Para el Rey y la Reina no hay peligro de quedar atrapados en arquetipos anteriores.

El Rey o la Reina empodera a los otros, delega autoridad fácilmente y parece no hacer nada, aunque realiza mucho. Manifiesta la autoridad innata de la experiencia personal integrada. No tiene apego a su papel y ejerce un liderazgo de servicio mediante la entrega total de sí mismo a Dios y al pueblo al que sirve, y manifiesta el mandamiento de amar al prójimo con enorme habilidad.

Como Dios, siempre están activos y siempre en reposo. Poseen y disfrutan de paz en medio de la agitación y de libertad interior en todas las situaciones. Practican la compasión ilimitada y el perdón ilimitado, siempre mostrando misericordia y canalizando continuamente el amor divino visible e invisiblemente en la familia humana, pasada, presente y futura. Son los servidores de todo y el epitome del vacío, aunque encuentran gozo en todo. Lo que más caracteriza la espiritualidad del arquetipo del Rey o la Reina es su anhelo ilimitado del puro amor de Dios. El Rey o la Reina están arraigados a su tradición espiritual, pero siempre listos para un cambio constructivo y, si es necesario, revolucionario.